

3.00

Dr. MANUEL SANZ BENITO

LA CIENCIA ESPIRITA



EDITORIAL VICTOR HUGO

En el caos en que se agita el mundo moderno; entre la barahunda de ideas, pasiones e intereses que conmueven nuestro espíritu y hacen a veces zozobrar nuestra conciencia; en medio de las miserias, tristezas y desgracias de todo género que nos asedian, cabe preguntar si será posible la tranquilidad de ánimo, bálsamo consolador en este valle de desdichas y quebrantos.

El Dr. Manuel Sanz Benito, ilustrado catedrático, logra demostrarnos en esta obra que esta vida es sólo el antecedente de otra vida donde no existen estas vicisitudes, y que, para lograrla, el ser debe transformarse, elevándose en la actual existencia mediante el cultivo de sus sentimientos y de su inteligencia, así como su permanente colaboración en el bienestar y mejoramiento colectivo.

Nos hace conocer la ley de perfeccionamiento que existe para el individuo y la sociedad, del alma y su inmortalidad, de su preexistencia, de los mundos que sucesivamente va habitando, del amor como origen y fin de las criaturas.

En un todo de acuerdo con los principios fundamentales del Espiritismo señala el progreso como un hecho y la transformación ascendente del ser y de la sociedad como ley que rige para el hombre y la humanidad.

El lector cosechará con su lectura el deleite estético y filosófico que es portador el pensamiento del autor.

LA CIENCIA ESPÍRITA

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723

© by Editorial Víctor Hugo
Buenos Aires, 1961

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Este libro se acabó de imprimir el día 16 de diciembre de 1961 en
AMÉRICALEE, Editora e Impresora, Tucumán 353, Buenos Aires

Dedicatoria

AL ESPIRITU DE LUIS

Las ideas vertidas en este libro, han sido aprendidas de ti, que, con tus luces, has iluminado el fondo de nuestra alma, mostrándole los derroteros por donde se avanza hacia la perfección infinita.

Recíbelo como pequeña muestra de lo mucho que te quiere tu hermano y discípulo

MANUEL.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción	9
PRIMERA PARTE	
CAP. I.—El Espiritismo y la Ciencia	11
CAP. II.—El Espiritismo según sus adversarios	17
CAP. III.—El Espiritismo como Ciencia única y universal	22
SEGUNDA PARTE	
CAP. IV.—El Yo	27
CAP. V.—La Persistencia del Yo	28
CAP. VI.—La realidad del Espíritu	30
CAP. VII.—La Fuerza Psíquica. — Los actos materiales y los actos anímicos	33
CAP. VIII.—Diferencias entre la fuerza psíquica y las fuerzas orgánicas	36
CAP. IX.—Caracteres esenciales del espíritu. — Preexistencia del mismo a la vida actual	41
CAP. X.—La encarnación del espíritu. — La Vida anterior determina la encarnación. — Por qué no lo recordamos	46
CAP. XI.—La vida eterna del espíritu. — Vidas anteriores a las encarnaciones planetarias y vidas intermedias del espacio. — Tres clases de encarnación en la tierra	51
CAP. XII.—El Progreso Indefinido	56
CAP. XIII.—La pluralidad de mundos en relación con la pluralidad de existencias	60
CAP. XIV.—Caracteres del espíritu en sí mismo, independientemente de la encarnación	64
CAP. XV.—El fenómeno de la muerte como desencarnación del espíritu	71
CAP. XVI.—La vida después de la muerte. — Los tres estados del espíritu: en perturbación, en erraticidad y en libertad	75
CAP. XVII.—La ley moral como ley suprema de la creación. — El bien y el mal. — El amor como expresión de la ley moral	82
CAP. XVIII.—Consideraciones sobre el fin y destino de los seres	90
CAP. XIX.—La Causa absoluta	93

INTRODUCCIÓN

La obra que publicamos no es un curso completo de Espiritismo; es tan sólo un ligero bosquejo de algunas cuestiones de las que más directamente se ocupa.

Ciencia nueva, su campo es tan inmenso que el más aventurado explorador encuentra siempre nuevos horizontes, y el trabajador aprovechado fruto abundante que recolectar.

Consignar en el papel algunos de los puntos principales de que trata ha sido nuestro fin, para llamar la atención de los estudiosos, a fin de que éstos, meditando sobre las graves cuestiones de nuestro pasado y porvenir, se den a sí propios, por el mérito de su trabajo, plena satisfacción y cumplida respuesta acerca de tan interesantes materias: que no de otro modo que por el esfuerzo y trabajo propios se consigue alcanzar la paz del alma y la rectitud de la conciencia.

En el caos en que se agita el mundo moderno; entre la baraúnda de ideas, pasiones e intereses que conmueven nuestro espíritu y hacen a veces zozobrar nuestra conciencia; en medio de las miserias, tristezas y desgracias de todo género que nos asedian, cabe preguntar si será posible la tranquilidad de ánimo, bálsamo consolador en este valle de desdichas y quebrantos; si esos males de que tanto nos quejamos son cosecha permanente de la humanidad o tan sólo fruto pasajero de sus ligerezas y desvarios; si la ignorancia, la esclavitud, las enfermedades y dolores de todo género son patrimonio constante del hombre en el calvario de su trabajosa existencia, o es posible que todos esos males cedan y terminen.

Al mismo tiempo cabe preguntar también si esta vida es

sólo el antecedente de otra vida donde no existan las vicisitudes de la actual: que de poco serviría que la ciencia nos mostrase como ley ineludible el adelanto de la humanidad, si el individuo es solamente una entidad pasajera que coadyuva a la felicidad de los demás, pero sin ver por su parte realizada la felicidad propia. De poco nos serviría demostrar que esa era de paz y de ventura a que aspiramos será algún día realidad para la humanidad terrestre, si nosotros no la hemos de disfrutar. El Espiritismo pretende demostrar que la misma ley de perfeccionamiento existe para el individuo que para la sociedad, que lo que es ley para ésta es ley para aquél, y que si el progreso es un hecho y el bienestar cada vez mayor es una verdad, este mismo progreso y este mismo bienestar son ley para el individuo que se agita y rebulle en la corteza de este insignificante planeta.

Hablaremos, pues, del alma y su inmortalidad, de su pre-existencia, de los mundos que sucesivamente va habitando, de las diversas formas que reviste en su infinita y eterna vida, de la ley de perfectibilidad que la rige, del amor como origen y fin de las criaturas.

Alguna vez, así como alzamos con curiosidad los ojos al cielo, al percibir el fulgor de las estrellas, elevaremos nuestra mirada intelectual al cielo del espíritu, y en él encontraremos nuevos mundos inexplorados, más grandes y sorprendentes que los que la vista ve centellear sobre nuestras cabezas. Seamos curiosos y preguntemos al cielo de nuestra inteligencia de dónde venimos y a dónde vamos, y arranquemos cada vez más un secreto para descifrar un pasado y un porvenir hasta hoy envueltos en misterio. No importa nuestro atrevimiento: en el siglo del vapor, del telégrafo y de la luz eléctrica, ¡cómo admirarnos de que se hable también de otros descubrimientos, de ciencias nuevas y de objetos de estudio y admiración antes desconocidos! Sea nuestra divisa la del siglo: adelante; y con la luz de la razón pretendamos abrirnos paso a través de las oscuras nieblas que rodean nuestro nacimiento y nuestra muerte.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

¿Es o no verdad el Espiritismo? Tal es la cuestión. De poco serviría, en efecto, que se nos hable de la existencia de Dios y su providencia velando por el bienestar de sus criaturas, del alma humana inmortal, responsable de sus actos, de la vida futura como lugar donde esos actos han de tener ulterior sanción, del progreso individual y colectivo en la vida y después que pasemos los umbrales de la tumba, del amor como lazo divino que une a los seres de los mundos sin fin que en el universo existen, de las vidas anteriores y futuras a nuestro destino actual, de la comunicación de los seres ultraterrenos, de los verdaderos portentos que el magnetismo produce. . . ; de todo, en fin, lo que con el Espiritismo más o menos directamente se relaciona, si todo ello, Dios, alma, vida futura, infinidad de mundos, pluralidad de vidas, progreso indefinido, son tan sólo ilusiones de nuestra mente, sueño que forja el deseo, desvarío de la esperanza loca que quiere prolongar nuestra existencia más allá del momento presente.

Por otra parte, para los que quieren encerrar toda la sabiduría humana en un dogma determinado, en una escuela o secta religiosa o filosófica, para los que creen que Dios mismo nos ha revelado cuanto necesitamos saber sobre esta materia, es tiempo perdido y blasfemia horrible querer indagar con las luces de la razón lo que la Providencia nos

ha tenido oculto. Atrevimiento tal, es, en concepto de los que así opinan, querer escalar el trono del Altísimo y en nuestra soberbia pretender apoderarnos de la verdad sagrada que se oculta hasta hoy entre misterios. Veamos, dicen, lo que sobre este punto inaccesible a la razón nos demuestra el dogma y nos enseña el sacerdote que lo interpreta, sin remontar nuestra inteligencia más allá de lo que la Iglesia ha tenido a bien determinar como misterioso y sacrosanto.

Mas, los que no se satisfacen, ni con una ni con otra solución, los que no se dejan convencer por las argucias del materialismo ni por los misterios del dogma, los que sienten en su conciencia palpitar su Yo, su personalidad, y no se consideran meros agregados, compuestos exclusivamente de fuerzas físico-químicas, y al mismo tiempo aspiran a otras verdades más positivas y más ciertas que los símbolos y misterios que las religiones ofrecen; todos estos encontrarán que no es tiempo perdido hablarles de estos asuntos, de más vital interés que si se tratase del premio grande de la lotería o de una fortuna inesperada.

Hablamos, pues, dirigiéndonos a los que dudan, a los que piensan, a los que aspiran a algo más de lo que el materialismo o el dogmatismo de las religiones positivas les pueden dar. Pero nada importa, repetimos, que el Espiritismo satisfaga las más anheladas ilusiones, las más risueñas esperanzas, que abra a nuestra inteligencia vías nuevas, rumbos desconocidos, y la ilumine con múltiples ideas, haciendo palpitar de entusiasmo nuestros corazones, si todo ello es un puro vagar de la mente que ansía se realicen sus ideales más queridos, pudiendo entonces decir como el poeta: "¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!". Por esto importa lo primero cerciorarnos de si es verdad lo que dice y para ello saber antes lo que dice; pues corren tales cuentos y se dicen tales patrañas respecto de lo que el Espiritismo es y significa, que ante todo conviene fijar su sentido, lo que representa, lo que vale, lo que sea, en una

palabra, y ver después si esto mismo que constituye su credo racional alcanza los grados de certidumbre necesarios para poder atestiguar que es verdad.

Y ¿será posible que el hombre adquiriera el conocimiento verdadero? ¿Será posible que la verdad pueda ser patrimonio de la humanidad? Si así es, si en el hombre existe esa verdad, ¿cómo se explican las diferencias en esta clase de cuestiones que se ha dado en llamar filosóficas? ¿Cómo se explica tanta diversidad de criterios, tan opuestas opiniones, y soluciones tan encontradas para todos estos problemas? Punto es este importantísimo, que necesita aclaración.

El porqué de la variedad de opiniones en esta clase de asuntos consiste en la falta de un fundamento cierto y evidente que obligue a la inteligencia a confesar la verdad una vez percibida, como se afirma la existencia de la luz, una vez vista. Por una parte se ha querido fijar como criterio de convicción, *la fe* en todas estas cuestiones; se ha pretendido que los conocimientos por ella adquiridos son absolutamente ciertos como emanados de la absoluta verdad, y a pesar de esta supuesta certidumbre, multitud de sectas, escuelas y herejías han surgido en todos los tiempos, las unas para interpretar de diverso modo algunos de los dogmas establecidos y las otras para negarlos abiertamente. Se han encendido guerras cruentas, se ha perseguido bárbaramente a los que no querían confesar el Credo comúnmente admitido; y sin embargo de todo esto, de su llamado origen divino, de su presunta certidumbre del poder sobrenatural con que han creído contar para extender y confirmar el dogma, la unidad religiosa jamás ha sido un hecho ni aun dentro de los países que han hecho alarde de profesar una sola religión. Esto prueba que el criterio de su certidumbre no ha satisfecho a la inteligencia humana.

Por otra parte, la razón, queriendo remontar su vuelo por simples inducciones; al pasar de lo conocido a lo desconocido, imposibilitada como estaba de analizar el más allá de la tumba, ha divagado con hipótesis más o menos

razonables, pero desprovistas de fundamento seguro. No es este lugar para tratar de cada uno de los sistemas filosóficos; mas recordemos lo que han preconizado los que, sin sujetarse a dogmas estrechos han admitido la existencia y la inmortalidad del alma humana, y veremos que sólo vaguedades sin comprobación han dicho al hablar de este asunto.

Y no sólo por lo que al alma se refiere: también en lo que toca a los atributos divinos se han visto comprometidos para explicarlos. En efecto; si Dios es todo bondad, ¿cómo justificar las preferencias que parece guardar con algunas de sus criaturas?, ¿cómo a unos les otorga el talento que a otros niega?, ¿a éstos fortuna, salud, honores y toda clase de bienestar, mientras que a aquéllos les priva de todo goce, siendo su paso por la tierra un perpetuo martirio? ¿Cómo hacer compatible la omnipotencia divina y su infinita bondad con la existencia y el consentimiento del mal? Sólo acudiendo a la pluralidad de existencias, sólo partiendo del progreso indefinido por el adelanto propio, es como pueden salvarse estas y otras antinomías.

Es preciso, pues, un criterio más seguro que el de la fe y el de los sistemas filosóficos; es preciso asentar una doctrina, no sobre determinados derechos emanados del Altísimo, ni tampoco sobre deducciones de principios y premisas no probados; es preciso variar el método de investigación en esta clase de conocimientos y cimentar sobre más sólidas bases. Veremos qué procedimiento, qué método es ese que de una manera más segura nos puede conducir a la posesión de la verdad.

Desde luego no ha de ser la sustitución de una fe por otra fe más o menos acorde con el sentimiento y la razón, ni un nuevo sistema que procediendo como los demás imaginados hasta el día, venga a sustituir a los anteriores, si quiera fuese con mayores ventajas. Se trata de una doctrina cimentada sobre bases tan sólidas que no sea posible conmoverla, como que se apoya en la verdad misma, inconmo-

vible. Veremos qué método es ese que el Espiritismo emplea.

El procedimiento hasta hoy seguido por todos los sistemas filosóficos ha sido partir de un principio más o menos cierto, más o menos problemático, y derivar de él como corolarios, todos los demás principios, formando así una teoría o sistema.

El Espiritismo tiene por objeto principal *el estudio racional del espíritu* antes y después de la encarnación hasta donde la inteligencia pueda llegar y para ello emplea todos los procedimientos, todos los métodos que conduzcan a alcanzar la verdad de lo que inquiere; el examen introspectivo que la conciencia hace de todos sus actos, desde la simple reflexión, hasta la meditación continuada; la experiencia de las influencias y relaciones que estos actos puedan tener con los del organismo carnal; la observación externa de este mismo organismo; el estudio comparativo del de otros seres y de sus manifestaciones anímicas; el análisis de cuantos fenómenos la ciencia ha investigado y dado su fallo; en una palabra, abarcando el espíritu toda clase de conocimientos y estando influido por la materia por hallarse en contacto inmediato con ésta, sería necesario conocer toda la realidad para después formar un verdadero sistema. Y como esto no es factible, como el conocimiento de la realidad en su totalidad es imposible, resulta que nunca el Espiritismo podrá constituir escuela, doctrina o sistema, con afirmaciones definitivas, sino que siempre dejará ancho campo a las investigaciones y siempre irá agrandando su caudal científico, diferenciándose en esto de los sistemas filosóficos que han pretendido dar como cosa resuelta y acabada las cuestiones de que se ocuparon.

Mas cabe preguntar: Si el Espiritismo no da soluciones definitivas, definiciones cerradas, afirmaciones últimas y supremas de la verdad inmutable, ¿qué valor tienen sus afirmaciones?, ¿qué valor tienen sus verdades? Un mero valor contingente, una verdad relativa, parcial, problemática tan sólo...

No, no hay para el hombre dos clases de verdad: una absoluta y otra relativa, una perfecta y otra imperfecta, una invariable y otra progresiva. La verdad es una: la adecuación de una cosa con la inteligencia que la conoce, la conformidad del pensamiento con la realidad. Mas no se puede negar que, a medida que más se conoce una cosa, más verdad resulta de su conocimiento, sin que antes de aumentar el conocimiento dejara por eso de ser verdad; así por ejemplo, si a gran distancia percibimos un bulto y notamos y decimos que lo que vemos es un bulto, verdad es; si avanzando más o viéndole mejor decimos que es una persona, verdad es, que comprende a la primera, y si por último decimos que es nuestro amigo Fulano de tal, nuestro conocimiento será más detallado; por donde vemos que siendo progresivo el conocimiento, la verdad no deja de ser la misma. Esta es, pues, una diferencia notable entre el Espiritismo y los sistemas filosóficos, por asentar aquél, como principio, el progreso indefinido.

Visto ya qué método emplea el Espiritismo en la investigación de su objeto, examinemos ahora cuál es su criterio de certidumbre, o sea qué norma nos ha de servir para apreciar la verdad de sus conclusiones. La norma, el criterio subjetivo que dependa del talento y cualidades del que conoce; no es un criterio impuesto por dogma, sistema o prejuicio anticipado. No; el criterio de la verdad es la verdad misma. Cuando el que conoce e investiga encuentra que lo examinado por él es verdad, no necesita más. Se dirá que ¿cómo sabemos nosotros si lo examinado es verdad, si lo conocido tiene ese carácter? Esta objeción tiene fácil respuesta: la inteligencia da asenso y testimonio de la verdad una vez que la ve y la percibe, en cuanto nota que hay esa adecuación entre ella y lo que conoce.

Para cerciorarse de esta verdad, emplea la inteligencia diversos medios; uno es la comprobación del testimonio y datos que los sentidos nos ofrecen con lo que la razón nos dicta; otro el acuerdo unánime entre los que presencia-

ron tal hecho o fenómeno; otro la experiencia, tanto externa como interna; otro la deducción necesaria de un principio evidente, pues, lejos de irse a la verdad por un solo camino, hay varios que a ella nos conducen, y una vez alcanzada, la inteligencia la ve y la afirma.

Lo que sucede frecuentemente, es que tanto puede nuestra obcecación que nos empeñamos en cerrar los ojos a la luz. Es casi un axioma que el que no quiere ver la verdad no la ve: es como el que voluntariamente cierra los ojos para no verla. Hay quien teme toda discusión sobre un punto determinado, porque sintiendo flaquear sus convicciones sabe que quizá esté expuesto a perderlas, y en vez de argumentar con razones al que profesa una doctrina distinta, le zahiere cruelmente y no le consiente se defienda, como temiendo diga la verdad. Hay quien ante ella y ante su testimonio se empeña en creer que es una ilusión y no es tal verdad, si no encaja con sus ideas preconcebidas. Estas y otras razones son las que impiden que la verdad sea reconocida como tal y propagada lejos para que, como el sol, extienda sus fulgores e ilumine cuanto toque.

Cualquiera que examine la crítica que se ha hecho del Espiritismo, se convencerá de esto mismo, viendo que no es difícil muchas veces encontrar la verdad de una cosa; que lo difícil es confesarla si viene a destruir preconceptos e influencias de cierto género.

Réstanos ahora reseñar a la ligera el concepto que del Espiritismo se tiene generalmente para después dar a conocer su verdadero sentido, tal y como lo entendemos.

CAPÍTULO II

EL ESPIRITISMO SEGÚN SUS ADVERSARIOS

En los primeros tiempos del Cristianismo, cuando refugiados en las Catacumbas, los fieles procuraban apartarse

del sensualismo y barbarie de la sociedad romana, alimentando en su corazón el entusiasmo por el nuevo ideal que vivificaba su existencia, un rumor comenzó a propagarse entre aquellos que ni sabían, ni presentían lo que pudiera ser la religión del Crucificado. Los perseguidores, para afirmarse más en su poder y responder mejor a los cargos que se les pudiera hacer de haber vertido sangre inocente, echaron a volar la especie de que los cristianos cometían toda clase de horrores y obscenidades ejecutando actos de la mayor estupidez; y los que no se paran a pensar y creen bajo palabra todo aquello que sus maestros, autoridades, patronos y sacerdotes les declaran como bueno y santo, prestaron con su asenso pasivo medios a la persecución.

Más tarde, entronizado ya el Catolicismo y mistificados los preceptos del Cristo, en vez de mirar a los hombres como hermanos, se trató como mortales enemigos a todos aquellos que no se doblegaban ante la autoridad infalible de la Iglesia. ¡Cuántos por el mote de herejes y hechiceros no fueron entonces quemados o torturados cruelmente! Al mismo tiempo, el pueblo llamado deicida, el pueblo judío, desparramado por diversas naciones, comenzó a sufrir una porción de vejaciones y martirios: torturas, esclavitud y persecuciones de todo género, todo fue poco; pero como de algún modo había de pretenderse justificar tamaños desafueros, empezóse a decir que los judíos se comían niños y hacían otras atrocidades por el estilo.

¿Qué de particular tiene, visto esto y otros ejemplos (como el de la terrible oposición que se hizo a la introducción de la vacuna, al cultivo de la patata, etc.), que el Espiritismo haya sido difamado y calumniado? Sin embargo, no es la calumnia mordaz la que más se ha desplegado contra el Espiritismo: otra arma más poderosa todavía se ha pretendido esgrimir contra sus partidarios: el ridículo. Afortunadamente no son libros de caballería los que hay que combatir como productos forjados por la imaginación, sino

doctrina sólida y racional, que resiste los embates de la más acerada crítica y de la más refinada malicia.

Este sistema de burlarse de las cosas más serias, no es de ahora: es la historia de las principales ideas y descubrimientos. Cuando Colón entreveía nuevas tierras más allá del horizonte visible y otro camino para ir al Asia, los tontos, presumidos de sabios, por loco le tuvieron, como por loco y obcecado tuvieron a Sócrates en Atenas cuando dio su vida para comprobar la eficacia de sus doctrinas; y por loco también al que pretendió dar a conocer como verdad científica la circulación de la sangre, y al que logró hacer mover la locomotora, que por locos se ha tenido a cuantos han entendido algo superior a lo ordinario que se ve y se toca. Del mismo modo, hoy, no es un solo alienado el que se presenta ante esta descreída y metalizada sociedad: son millares, millones ya, en las cinco partes del mundo, los que responden con la seriedad de sus ideas y con su convicción razonada a las diatribas y sarcasmos de los que pretenden saber ya el porvenir, que para ellos está en haber averiguado que no se puede saber nada, que después de la muerte todo es misterio y soledad. Ya saldrán de su error.

Pero no es el mayor enemigo el que tiene el Espiritismo entre los que de él se burlan: realmente todos le favorecen, porque todos al escarnecerle lo delatan ante la conciencia pública, y ésta por curiosidad investiga, con lo cual muchos se hacen espiritistas con ocasión de haber oído burlarse del Espiritismo. Hay otros que de una manera furibunda se ensañan contra él. ¿Quién no os conoce? Son los sectarios religiosos, sobre todo los que en la Iglesia forman la jefatura, los sacerdotes de todas clases. Éstos ven un enemigo común en el Espiritismo, que tiende a arrebatárles el secreto de ultratumba.

No es extraño que así se porten: siempre hicieron lo mismo con toda clase de ideales que en algo han favorecido a la humanidad. Quizá no se pueda citar ni uno solo que no haya sido ardientemente combatido por ellos a nom-

bre de la religión. Odian la libertad del pensamiento porque con la libre discusión comprenden el triunfo de la verdad, y ellos, que quieren presumir de conocer la verdad absoluta, temen la comparación de sus doctrinas y de sus actos con las doctrinas y actos de los demás. La libertad en todas sus manifestaciones ha tenido siempre en aquéllos sus constantes enemigos, y el Espiritismo que viene a proclamar una libertad muy alta en lo que a la discusión de la otra vida se refiere, no había de ser menos combatido. Es el engendro de Satanás que abre las puertas del Infierno para venir a corromper al mundo por medio del Espiritismo, y hay que precaverse de sus asechanzas.

¡Infelices! ¿Cuándo han visto al diablo predicar los mismos mandamientos de amor y caridad que el Cristo enseñó, realizar el bien y dar gracias a Dios por sus bondades? ¿No nos enseñan que basta pronunciar su santo nombre o hacer la señal de la cruz para ahuyentar a aquél? ¿Podrán hacernos ver que pretende convertir a la humanidad a una creencia razonada de la otra vida y a la práctica del bien, a nombre de Dios, para poder llevar más adeptos al infierno?

Se concibe que se niegue la doctrina espiritista por no conocerla o por cualquier otro motivo: lo que no se concibe claramente es que, conociendo esta doctrina, pueda tachársela seriamente de ser obra del demonio. Solamente los que, a nombre del Dios de caridad y de perdón, llevaban a sus semejantes a la hoguera para extirpar la herejía, pueden también querer hacer ver que los preceptos y actos más sublimes de caridad y de amor son obra del Diablo que ellos mismos se forjaron. ¡Perdón, Dios mío, que no saben lo que se dicen!

Hay, por último, otra clase de adversarios del Espiritismo, como de toda religión y filosofía: éstos son los indiferentes, los peores de convencer, porque rehuyen el combate. Cuando se les habla de la otra vida, del amor divino, de los cielos siempre abiertos para la regeneración de las

almas, de la comunicación entre los llamados vivos y los que se consideran muertos, suelen contestar simplemente: "¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!" Una secreta aspiración les hace desear que así sea, pero no tienen fuerza de voluntad suficiente para indagar, estudiar y esperar. Sin embargo, la indiferencia no puede ser permanente, y más o menos pronto, esos mismos que van revoloteando de una idea a otra y de uno a otro sistema, sin fijar un momento su pensamiento, han de sentir alguna que otra vez impulsos desconocidos. Cuando experimenten algún desengaño o la pérdida de algún ser querido, o cuando una pena cualquiera conturbe su corazón, entonces se preguntarán si la vida termina aquí o se propaga más allá de la tumba; si esos cielos son mudos a nuestras desdichas o son compasivos y nos acogerán algún día como a náufragos que, habiendo arribado a un islote de destierro, cual es la tierra, llegan por fin cansados y rendidos de las fatigas, pero triunfantes de todos los obstáculos, a encontrar de nuevo el hogar perdido, regresando al seno de la familia que con júbilo y entusiasmo los acoge. La indiferencia no puede ser permanente: muchos que por el momento no se preocupan de su porvenir, se ocuparán de él seriamente cuando algún motivo determinante les obligue.

Los materialistas exaltados que creen de buena fe que no existe la otra vida, son muy pocos y por fortuna ilógicos la mayor parte en su conducta para con la doctrina que profesan, pues no es extraño encontrarles trabajadores, afables, entusiastas por el bienestar de los demás. Sin embargo, niegan la libertad, la existencia del alma y de Dios, y la inmortalidad. No importa: al hombre no se le debe juzgar por sus ideas, sino por sus actos, y ¡cuántos de éstos son más santos en su vida que muchos místicos que creen ir derecho al cielo, rogando sin cesar, aunque sin practicar ninguna otra virtud!

Tales son en ligero resumen los adversarios con que cuenta el Espiritismo.

CAPÍTULO III

EL ESPIRITISMO COMO CIENCIA ÚNICA Y UNIVERSAL

De dos maneras podemos proceder en nuestro estudio como en toda ciencia: elevándonos de los hechos y fenómenos a los principios y leyes, o derivando de un principio superior otras verdades en él incluidas para venir a explicar un hecho determinado. El primer método es el analítico; el segundo el sintético. En realidad toda verdad debe comprobarse por los dos; de esta manera se satisfacen las exigencias del buen método.

La historia de la filosofía nos enseña una multitud de escuelas que, partiendo de un principio más o menos problemático, más o menos exacto, han querido derivar de él toda la realidad; y en la continua sucesión de escuelas, teorías y sistemas, no ha habido más que sustitución de unos principios por otros, pero sin variar el procedimiento, hasta que el método experimental vino a suceder a los métodos idealistas.

Si el Espiritismo es ciencia, ha de constar de una serie de fenómenos sujetos a la ley, explicables en sus causas y efectos; ha de ser un conjunto de verdades referente a un orden determinado, un sistema de conocimientos verdaderos y ciertos cuyo fondo sea siempre la verdad sabida por el que conoce, es decir, de un modo consciente o con seguridad de tal por parte del conocedor. Veamos si el Espiritismo llena estas condiciones; primeramente por razón de la materia, de los fenómenos, o hechos, y después por razón de la forma o de la recta explicación de tales fenómenos o hechos.

Todo el mundo ha oído hablar de magnetismo e hipnotismo, de catalepsia, de sonambulismo. Todo el mundo también ha oído hablar de las llamadas apariciones de las ánimas en pena, de las predicciones de algunos enfermos que han llegado a pronosticar su muerte; de sueños que luego

han sido verdades, de éxtasis más o menos verídicos; en una palabra, de una porción de cosas que siempre han sorprendido por reunir un conjunto de circunstancias que se han creído extraordinarias y fuera de ley. El Espiritismo viene a hacer luz sobre estas cuestiones, a patentizar lo que hay de verdad y de ilusorio en esta materia.

Mas no se crea que su objeto es simplemente tratar de estas cuestiones, hasta hoy tenidas por maravillosas por parte de unos, y negadas con insistencia por parte de otros.

El Espiritismo tiene por materia de su estudio *el espíritu en sus caracteres esenciales y diversas fases de desarrollo* hasta donde alcancen nuestras investigaciones; pretende inquirir su origen en los límites de lo posible, y como una vida es insignificante, habla de las vidas que necesita para desarrollar su esencia; y como un mundo es pequeño, habla de la infinidad de mundos y moradas; y como los estados por que atraviesa son infinitos, habla de la infinidad del progreso como ley constante; y siendo el espíritu un ser que debe su existencia a la Causa Suprema, habla de Dios; en una palabra, el Espiritismo no es una escuela ni mucho menos una secta religiosa que pretenda sustituir unos dogmas con otros dogmas; no es un sistema ni una utopía más o menos probable, ni una ilusión engendrada por la mente soñadora y deseosa de investigar el más allá en los tenebrosos misterios de ultratumba. No es una rama de los conocimientos humanos que tenga materia *aparte* para su estudio, con leyes particulares: el Espiritismo aspira a echar las bases de la ciencia única y universal. Al estudiar el espíritu en sus diversas fases de encarnado y desencarnado, forma parte de las ciencias psíquicas; al examinar los mundos y la materia en general como vehículo que aquél siempre tiene, de las ciencias físicas; y al considerar tanto a la materia como al espíritu como procedentes de la Divina Causa, investigando en lo posible cómo ésta obra, forma parte de las ciencias filosóficas. Después, como las consecuencias que de esta investigación se derivan, tienen un fondo mo-

ral, está también dentro de la Moral; y como el principio moral trasciende del individuo a la sociedad e influye en las decisiones de la humanidad se da también en él materia de estudio de las ciencias político-sociales. Veamos, pues, que su objeto no es pequeño, ni baladí, sino que abarca el estudio de la realidad entera, con la aplicación de este saber a la vida. Con razón, pues, decíamos antes que el Espiritismo aspira a fundar la Ciencia única y universal.

Vamos ahora a examinar en qué sentido decimos que tiende a formar esa Ciencia única.

Diversas son las definiciones que de la ciencia se han dado, pero en el fondo vienen a decir una misma cosa: el conocimiento de la realidad tal como es; el conocimiento sistemático, verdadero y cierto de un objeto cualquiera; el conocimiento de las cosas por sus causas; una serie de verdades metódicamente enlazadas y dependientes de un principio común, etc., etc.

Dos condiciones son esenciales para que la ciencia exista: la verdad en cuanto al conocimiento, y determinado orden o sistema en cuanto a la forma. Conocimientos falsos no son científicos, y verdades aisladas tampoco constituyen ciencia. Ahora bien: el Espiritismo se propone *el estudio del espíritu* como objeto principal; tiene pues un fondo real para ser materia científica, y para este estudio se vale de la experiencia individual y colectiva, de la conciencia y de la revelación, es decir, de la comunicación de espíritu a espíritu, por el intermedio siempre de la materia. Y como el espíritu vive siempre influido por la materia sobre la cual obra, ha de estudiar también la manera como se verifica esta influencia sobre la materia; y siendo una y otro, la materia y el espíritu, originarios de la Causa Única de la cual todo procede, ha de examinar también los atributos de esta Causa Suprema en la medida que en nuestra limitada inteligencia cabe. Y si vemos que su campo de investigación es el espíritu, la materia y Dios, ¿qué otra cosa puede haber fuera de estos tres órdenes del conoci-

miento? Ninguna; de donde resulta que el objeto del Espiritismo es la realidad y toda la realidad.

Para proceder en su investigación habrá que emplear todos los métodos asequibles, el experimental y el racional, el inductivo y el deductivo; de aquí resulta que es la Ciencia única porque estudia toda la realidad, y universal porque no es patrimonio de ninguna inteligencia, sino que está al alcance de todas las que recta y desapasionadamente la buscan. No hay misterios ni velos que la encubran. El Espiritismo está al alcance de todos, y todos pueden adquirir la ciencia espírita. Sin duda que cada uno abarcará más o menos según su capacidad, pero esto será por limitación individual, no por impedimento externo.

A primera vista, parece demasiada presunción que el Espiritismo pretenda nada menos que ser la base de la Ciencia única y universal. Y se dirá: si cada ciencia en el objeto particular de que trata tiene un contenido inmenso, de tal manera que la vida de un hombre es imposible para conocerla, ¿no es atrevimiento inusitado decir que el Espiritismo tienda a formar la ciencia única y universal? Si abarca toda la realidad será imposible conocerla, pues la realidad es inmensa y nuestra inteligencia es limitada.

Cierto: la realidad es infinita, nuestra inteligencia es escasa; de donde se deduce que el total conocimiento de la realidad es imposible. Pero no quiere decir que el Espiritismo vaya a resolver todos los problemas, todas las cuestiones que se refieran a su objeto, es decir, a la realidad cognoscible, sino que cualquier cuestión, cualquier problema que se plantee, sea referente al espíritu, sea referente a la naturaleza, sea referente a Dios, *está comprendido dentro de la Ciencia del espíritu*. En realidad, no hay ciencias particulares; son ramas del conocimiento científico; como no hay verdades particulares sin relación, sino aspectos de la verdad.

El Espiritismo no es una filosofía o sistema filosófico de conclusiones cerradas, como quien ha encontrado ya el filón

que buscaba; por mucho que se sepa, quedará siempre, más aún por saber, y este límite móvil de nuestros conocimientos marcará la imperfección humana, que, teniendo por emblema el *plus ultra*, impedirá todo dogmatismo.

Conviene aquí aclarar una cuestión. La verdad siempre es verdad, y la misma y una verdad; una línea recta entre dos puntos, siempre es más corta que otra curva entre esos dos puntos, y esto para el español y para el ruso, para el docto y para el indocto; y lo mismo que esta verdad son todas las demás.

El progreso, pues, no consiste en que la verdad de hoy deje de serlo mañana, sino en que el conocimiento de la verdad se aclare y amplifique, se aplique y se propague.

Volveremos a insistir sobre esto al hablar del progreso indefinido.

Ahora, conforme al método que nos hemos propuesto, procuraremos ir tratando algunas de las principales cuestiones de que el Espiritismo se ocupa.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO IV

EL YO

Hay un hecho incontrovertible, indudable, para todo ser que puede darse cuenta de sí mismo: este hecho es el de la propia existencia. En vano será que cierre mis ojos y tape mis oídos para no ver ni oír nada: me veré interiormente a mí mismo, y me reconoceré como ser que soy, que vivo y que obro. Este reconocimiento de nuestro propio ser, de nuestra propia existencia, lo expresamos en la palabra *Yo*.

No entraremos, aunque tampoco es preciso, en un minucioso y largo análisis para desentrañar el verdadero sentido de esta palabra. Todos estamos conformes en que el *Yo* no significa ni mi cuerpo, ni mi alma, ni una propiedad o facultad determinada; sino que al decir yo hablo, yo escribo, yo dudo, yo pienso, etc., doy a entender que estos actos los verifico yo en mi unidad y totalidad. como hombre. No es efectivamente mi boca la que habla, pues si bien mediante ella, como mediante los demás órganos de la locución, yo produzco sonidos articulados, es preciso la intervención de mi actividad anímica que determina, que impulsa a los órganos a modular sonidos que, a su vez, expresan mi pensamiento; no son, de igual manera, mis pies los que me conducen, soy yo, quien, mediante el impulso de mi voluntad y obrando por complicado sistema nervioso-muscular, obligo a mis miembros a que tomen diferentes

posiciones en el espacio. Y así, de igual manera, en cuantos actos digo que yo los ejecuto, que yo los hago, doy a entender que me son imputables como siendo yo el ser que los produce, valiéndome para su realización de todas mis fuerzas interiores, así como de todos los elementos que, exteriores a mí, yo los pongo a mi disposición para que me sirvan de instrumentos o de medios de realizar mis voliciones.

Desde este punto de partida de la evidencia del propio Yo, ha partido el moderno Racionalismo para ascender en su investigación, desde esta primera y elemental verdad, hasta las más altas especulaciones del saber.

El escepticismo tiene aquí un valladar inexpugnable, pues no hay nadie que dude de su propia existencia. Podrá dudar de su espíritu como ser inmortal y distinto del cuerpo, podrá creer que éste es más bien una apariencia que una realidad, podrá pensar que el mundo exterior se nos ofrece como una mera ilusión; mas no pondrá en duda la existencia de su propio ser, pues al dudar, es el propio ser quien duda.

CAPITULO V

LA PERSISTENCIA DEL YO

Reconocida la individualidad de nuestro ser en el sentido que expresa la palabra Yo, hemos de convenir sin gran esfuerzo en otro hecho no menos evidente, a saber: la persistencia de esta misma individualidad, de este mismo ser que somos; es decir, la continuidad de nuestro Yo, desde el momento en que empezamos a darnos cuenta de nuestros actos hasta el instante presente.

Efectivamente, yo puedo haber cambiado en muchas cosas: mi estatura no es hoy la misma que hace años, ni el mismo el peso y consistencia, agilidad, etc. de mi cuerpo.

Reconozco también que se ha modificado la actividad de ciertas funciones de mi organismo: mi vista no es tan perspicua como en algún tiempo, mis fuerzas no son las mismas. En otro sentido, encuentro también que ha habido muchos cambios en lo que llamo mi espíritu; que he mudado de ideas, de inclinaciones, de gustos. Así, cuando niño me entretenían los juguetes y cuentos maravillosos que ya no me satisfacen; antes tenía ideas muy erróneas acerca de lo que era el mundo y muchos de sus fenómenos: consideraba a la tierra aplanada y a las estrellas como pequeñas luces, y suponía a Dios *un Señor* muy bueno, por el estilo de algunos señores-hombres. Poco a poco he sentido en mí una verdadera transformación, las ideas se han ido agrandando con el estudio y la experiencia, y el niño cándido de los primeros albores de la vida, no tiene ya las mismas creencias cuando hombre.

Cada uno, a poco que medite, encontrará en sí mismo estas mudanzas, estos cambios; pero no es menos cierto que en su fuero interno se considera obligado a admitir, que el mismo ser, el mismo individuo que ha experimentado tan notables mudanzas y tan diversas modificaciones, hasta el punto de pensar, sentir y querer de otro modo que como pensaba, sentía y deseaba hace algunos años, es hoy el mismo individuo, el mismo ser: no ha habido en él dos seres distintos ni transformación de un ser en otro con el transcurso del tiempo; él se reconoce el mismo en medio de esta diversidad; igual, en medio de esta multiplicidad; uno, en medio de estas modificaciones; invariable, en medio de esta serie de mudanzas; la misma permanencia de su ser, de su individualidad; en una palabra, la persistencia de su *Yo*.

Sí; nuestra conciencia, nuestro buen sentido nos da testimonio, a poco que meditemos, de estas cosas: yo soy, y soy el mismo ser desde que me reconozco; si ha habido grandes transformaciones en mí, no obsta para que me reconozca como el mismo individuo, como la misma personalidad.

No hay materialista que al perseguir a uno que le haya ofendido, no sea ilógico con sus teorías. Aparte de que la ofensa no es tal, pues que el individuo no obra, según él, impulsado por su libre albedrío, sino obligado por las fuerzas naturales que le arrastraron a cometer el desmán, con la misma fatalidad que la gravedad obliga a caer a la piedra lanzada al aire, hay una inconsecuencia al perseguir al individuo de hoy como si persistiera mañana. El materialismo, que admite que todo es cambio, todo movimiento, todo sucesión y nada tiene permanencia, se encuentra en continua contradicción con sus teorías. Bueno es que considere al espíritu como una propiedad de su cuerpo, pero negar la identidad del Yo, la continuidad de su misma personalidad, es tan absurdo que sólo guiado por el espíritu de sistema se puede concebir.

Reconozcamos, pues, que tan cierto como yo soy, como yo existo o vivo, es cierto que yo soy idéntico a mí mismo, que soy el mismo ser, que persiste en mí la propia individualidad a través de los cambios y mudanzas que haya experimentado.

CAPITULO VI

LA REALIDAD EL ESPÍRITU

El objeto principal de este libro es hacer ver a los que desinteresada y rectamente buscan la verdad, cómo, mediante nuestra propia reflexión, sin más que hacer uso de ese buen sentido que ordinariamente lo aplicamos a otras cosas, podemos llegar a convencernos de la realidad del espíritu, lo que equivale a decir que hay en nosotros una realidad viva y perenne, inmutable, y por tanto, inmortal. Y partiendo de esta base veremos la mejor manera de dar solución a este problema de la inmortalidad de nuestro ser, sobre el cual tan variados han sido los juicios formulados en el transcurso de los siglos.

Hasta ahora, y sin más que ligeras consideraciones, atendiendo a nosotros mismos, hemos hallado como verdad innegable, que se muestra a nuestra propia conciencia, la realidad de nuestro *Yo* que se afirma en todos los actos sencillos o complicados de nuestra vida, y la permanencia de este mismo *Yo*, que caracteriza nuestra individualidad, mejor aun, nuestra personalidad, en medio de toda la serie de transformaciones y cambios que en el decurso del tiempo en nosotros se suceden.

No intentemos forzar los argumentos y querer probar *a priori* la existencia de nuestro espíritu con facultades propias, como ser distinto del cuerpo, y por tanto inmortal, eterno y progresivo. Más adelante veremos cómo lógicamente y por consecuencia natural se derivan de él estas y otras propiedades. Nos dirigimos una vez más al buen sentido de los que nos leen y les preguntamos si, por materialistas que sean, podrán dudar de que verifican actos que llamamos espirituales o anímicos, dejando a un lado, por ahora, si se originan o no de una entidad distinta y superior al organismo carnal; si se dan por convencidos de que en sí mismos, y por consiguiente también en los demás hombres, se dan actos de pensamiento, actos de sentimiento y actos de voluntad, y seguros estamos de que todos responderán que esos actos son tan innegables como nuestra propia existencia; podrán ser equivocados nuestros pensamientos, pero que es evidente existen en nuestra mente; que sufrimos unas veces y otras experimentamos placeres y alegrías; que deseamos cosas que podemos o no conseguir. Y nos dirán que esto, no tan sólo sucede en el adulto, sino en el niño, en el loco y el imbécil; más aún, que estos mismos actos los observamos en algunos animales; y por tanto damos también por sentado que nos es imposible negar la realidad de los fenómenos intelectuales, sensitivos y de volición.

Pero, no es esta la duda, se nos dirá. No es que la escuela materialista, ni la escuela panteísta, ni todas las que niegan

la realidad del espíritu nieguen también la realidad de los actos llamados psíquicos: lo que tales escuelas niegan es que procedan de una fuerza o de un ser sustantivo o subsistente por sí mismo sin necesidad del cuerpo; lo que tales sistemas niegan es que estos actos tengan su origen en otra cosa que en la naturaleza de nuestro mismo organismo, que produce estos fenómenos tan variados, a la par que otros muchos que de muy antiguo se han reconocido como efectos suyos.

Ciertamente, que si la negación materialista estribase en dudar de la existencia de los actos anímicos, absurda a todas luces sería e inaceptable para nadie, siendo al contrario de presumir que cuando un sistema, una teoría o una escuela, han sido admitidos y aceptados por gran número de individuos de diversas clases, es porque alguna verdad encierra y algún fundamento tiene, pues el error no puede ser absoluto.

Mas para nuestro objeto debemos dejar consignada como indudable la existencia de estos actos llamados psíquicos o espirituales, habiendo sólo la duda de si tienen su origen en esa entidad llamada espíritu, o son efecto del funcionamiento de los órganos corporales, ya sea del cerebro, ya del sistema nervioso todo, ya del organismo en general por el juego combinado de sus órganos y aparatos, producidos por secreciones o por vibraciones interiores, o por causas, aunque meramente físicas, desconocidas aún a nuestra inteligencia, que poco a poco irá descubriendo el verdadero secreto y origen de dichos actos.

Planteemos, pues, la tesis de nuestra argumentación. La realidad de los actos llamados espirituales ¿implica también la existencia del espíritu?

CAPÍTULO VII

LA FUERZA PSÍQUICA. - LOS ACTOS MATERIALES Y LOS ACTOS ANÍMICOS

Todo hecho, todo fenómeno que observamos en cualquier orden de cosas, no se verifica sin que algo lo determine y produzca. A este algo lo llamamos su causa, que es siempre de conformidad con la naturaleza del efecto producido. Si una piedra cae después de haberla arrojado al aire, no es por efecto de espontaneidad o de cierta tendencia de la piedra a caer; es a causa de lo que llamamos fuerza de gravedad. De manera que si suprimimos esta fuerza, suprimimos su efecto correspondiente; y por analogía, en todos los fenómenos del mundo, dejando a un lado las fuerzas que producen esos hechos, tendremos que reconocer la no existencia de tales efectos.

De igual suerte, si en nuestro ser se dan actos intelectuales ¿habremos de negar que hay en nosotros fuerzas o causas que producen la intelectualidad? Tanto valdría decir que los efectos se producen sin causas. Pero estas causas ¿se originan de las propiedades mismas del organismo corporal? Nada nos importa por ahora; lo que precisa es reconocer que por los efectos hemos de venir a parar al conocimiento de sus causas, que los fenómenos atestiguan la existencia de fuerzas o actividades que los producen, y que, en conformidad con la naturaleza y condiciones de estos efectos, han de ser las fuerzas que los originan.

Para asegurar que tales o cuales actos son propios del espíritu y que tales otros son originados por el organismo, sería preciso saber dónde empieza y dónde acaba el espíritu y dónde empieza y dónde concluye también el cuerpo. Pero yo de mí sé decir únicamente que al examinar mis actos encuentro una constante compenetración de todas mis fuerzas, de todas mis actividades; que no hay acto originado en los más oscuros limbos del pensamiento que no se refleje y de algún modo se exteriorice en el organismo físico; y de

igual modo, que no hay fenómeno que en éste se verifique, del cual directa o indirectamente no reciba la influencia en lo que llamo mi espíritu; fenómeno que se comprueba más a medida que el acto va siendo más claro y distinto.

Esta unidad de nuestra naturaleza, que patentiza a todas horas, según hemos visto, la unidad de nuestro ser, no impide, sin embargo, para que nos cercioremos de la distinción de los elementos, fuerzas o funciones que en él se dan.

Hasta hoy habíase tenido al cuerpo por cosa despreciable e indigna, y quizá de esta exageración ha nacido la exageración contraria de suponer que nada más que materia hay en nosotros, entendiéndolo, por supuesto, por materia lo que afecta a nuestros sentidos, y al hablar del organismo corporal, como del único cuerpo capaz de ser animado por un alma racional.

Pero, ¿podemos nunca suponer que un fenómeno como el de la quilificación, donde intervienen las fuerzas del organismo para producir la transformación química de los alimentos, sea lo mismo que la elaboración del pensamiento, que la discusión de un tema? ¿Podremos nunca suponer que la aceleración del ritmo del corazón, producida por el hecho de correr, es debida a la misma causa que esta aceleración, cuando es ocasionada por la impaciencia de una noticia que se ansía? ¿Podremos tampoco confundir la fuerza muscular empleada para levantar un peso determinado, con la fuerza intelectual capaz de medir y calcular distancias enormes?

Por mucho que alambiquemos y hagamos distinciones sutiles, por mucho que dudemos, nos será forzoso confesar que la actividad o la fuerza que produce los fenómenos químicos y orgánicos en nuestro cuerpo, no es la misma actividad o fuerza que da origen a los fenómenos anímicos; y si bien la observación nos atestigua que no existe esa separación supuesta entre los actos materiales y los actos espirituales, que la fuerza psíquica se vale de las demás para realizar sus fines y cumplir sus propósitos, la obser-

vación misma nos muestra que no hay ni puede haber paridad entre una y otra, que puede haber un gran desarrollo del organismo cumpliendo éste perfectamente sus funciones, y sin embargo estar atrofiadas las facultades de la inteligencia o de la sensibilidad, que puede uno tener una gran energía física y ser inútil para cualquier trabajo intelectual que exija algo de esfuerzo y constancia. Por consiguiente, si en nosotros hay un organismo que cumple sus funciones con arreglo a las leyes materiales, hay también una fuerza que anima este organismo, que, unida a él, constantemente le impulsa, le dirige y determina a obrar, y esta fuerza es la que produce los actos que estimamos como más importantes en la vida.

Los hombres, efectivamente, no se aprecian por su estatura, por su fuerza, por su peso, por lo mejor o peor que respiran y por lo bien o mal que digieren; estimanse más bien por sus actos intelectuales: entre el que emplea su fuerza muscular para levantar pesos y una máquina hay similitud de funciones, pero no entre esta misma máquina y el que mueve su inteligencia para concebir una verdad o el que siente que su corazón dulcemente le impulsa, le dirige y determina a obrar, y ésta le inclina a realizar el bien en beneficio de sus semejantes.

En medio de este materialismo absorbente que nos envuelve, fuerza es insistir una vez más en hacer ver cómo atendiendo simplemente al testimonio de nuestra propia conciencia, vemos que hasta los mismos que tan positivistas se muestran, dan más importancia a los actos psíquicos que a los actos de la vida física; a aquellos en que la fuerza anímica mueve, impulsa y dirige, que a los otros en que, predominando las leyes materiales, se emplean solamente las fuerzas mecánicas, sustituibles por otras más poderosas a su vez. De ahí la gran verdad del aforismo: *Mens agitat molem.*

CAPÍTULO VIII

DIFERENCIAS ENTRE LA FUERZA PSÍQUICA Y LAS FUERZAS ORGÁNICAS

El capítulo anterior nos pone en camino para ver las diferencias más notables entre la fuerza productora de los fenómenos psíquicos y las funciones orgánicas de nuestro cuerpo. Para esto nada mejor que poner en parangón las leyes a que ambos obedecen, pues todos los hechos obedecen siempre a una regla invariable que es su ley, y buscando las leyes de estos hechos veremos las diferencias que entre ellos existen.

El organismo humano está sujeto desde su formación a todos los procesos dinámicos, químicos y orgánicos a que están sometidos los demás cuerpos de la naturaleza. Ningún privilegio vemos en este punto para nuestro organismo, pues obedece a las mismas leyes que todos, y en él se dan idénticos fenómenos que en los demás. El calor, la luz y la electricidad con la variedad de fenómenos a que dan lugar, influyen y se dan en nuestro cuerpo como en cualquier otro cuerpo animal. Nuestro organismo, cuando le falta cierto número de grados de calor que necesita, está atarido e imposibilitado de cumplir sus funciones; si es la luz la que falta, su influencia se hace sentir grandemente, y la electricidad influye también sobre él de análoga manera que sobre cualquier otro organismo, produciendo variedad de fenómenos. Por lo que hace al proceso químico, los alimentos se disuelven merced a los jugos de nuestro interior como pudieran hacerlo en otro cuerpo de un modo análogo, y por lo que hace a la asimilación y desasimilación, no hay diferencia notable con cualquier otro organismo parecido. Nuestro origen orgánico, como el de todos los seres, es una célula, de la que se derivan otras varias, las que a su vez dan lugar a tejidos, órganos y aparatos. Nuestro cuerpo crece y se desarrolla en el espacio hasta cierto límite, y después entra en un período de paralización

en su movimiento ascendente, hasta que sobreviene el fenómeno que llamamos muerte.

Hasta aquí no vemos nada de particular respecto de nosotros que no veamos en ningún otro de tantos seres análogos como pueblan la tierra. Pero a su vez, lo que llamamos el espíritu, en cuanto fuerza que anima y vivifica el organismo, no está sujeto a estas leyes físico-químicas ni orgánicas, aunque repercuten en su ser los efectos de los actos materiales, por la íntima relación entre el espíritu y el cuerpo.

El espíritu tiene por ley la espontaneidad, la actividad constante en todos sus actos y determinaciones. No está un momento en reposo, y esta actividad no sólo es continua sino progresiva. Nuestro cuerpo llega un momento en que no crece más, en que deja de nutrirse y muere. Nuestro espíritu constantemente se alimenta de nuevas ideas, de nuevas afecciones, y caben en él nuevas determinaciones de su voluntad, que a su vez producen movimientos nuevos en su ser, los cuales sirven para realizar otros actos distintos de los ya verificados.

A lo más que llegan los modernos progresos fisiológicos es a esta conclusión: el espíritu se desenvuelve paralelamente al organismo, y aun esto no es verdad en muchos casos, donde quiera que se da un alma viril y enérgica en un cuerpo enfermizo y débil, y por el contrario, un espíritu perezoso y apático en un organismo fuerte y bien desarrollado.

Tenemos pues que, por lo que hace al organismo físico, ningún privilegio tiene respecto de los restantes organismos de este planeta. Todas las leyes naturales se dan en él de la misma manera y por esta razón se ha llamado al hombre *microcosmos*, porque, efectivamente, es un mundo en pequeño. Y tenemos también, que por los actos psíquicos venimos en conocimiento de la fuerza análoga que los produce, siendo esta fuerza el elemento inteligente que nos anima, el elemento impulsador que mueve y dirige, el que es

causa de nuestros actos, por los que nos decimos seres libres y responsables; *el espíritu*, en fin, o alma.

Pero esta fuerza psíquica, este espíritu que reconocemos, ¿se originará del mismo organismo?, ¿será una vibración o un movimiento más o menos sutil de los nervios o de la masa cerebral?, ¿será una función, al fin, de esta parte del organismo, como las funciones de otros órganos?

Ciertamente que, si los efectos de la fuerza pensante fueran análogos a los fenómenos físicos, no habría duda ninguna; pero si vemos que son de muy distinta naturaleza, la razón nos dice que no tienen su raíz, su principio de origen, en este mismo organismo.

No obstante, se dirá: concedido que el espíritu existe como fuerza que no debe su existencia al organismo físico, que no es una de sus funciones, ni la resultante de determinados movimientos; pero esto no prueba que no pueda vivir sin cuerpo, antes bien, vemos ordinariamente que si el cuerpo está debilitado por afecciones locales o generales, el alma se debilita también y pierde poco a poco sus facultades. Si se interrumpe la vida de un órgano importante, el espíritu cesa en sus funciones; por ejemplo, si el cerebro está malo, el espíritu se halla incapacitado de concebir, de juzgar, de razonar, de ejercer, en suma, sus actos psíquicos. ¿Qué espíritu, pues, es éste independiente del cuerpo, al cual no debe su origen, y que, sin embargo, queda como subyugado; de tal manera, que la interrupción de su vida suspende también la de aquél? Tal sucede en los casos en que una lesión cerebral produce los fenómenos de amnesia, afasia y otros semejantes.

Efectivamente: la objeción no deja de tener fuerza si se afirma que el espíritu es independiente del organismo, y por consiguiente, para nada necesita de él: esto es absurdo. Pero una cosa es que el espíritu necesite, para obrar, el concurso del cuerpo, y otra que éste no sea más que un instrumento, con objeto y fin determinados, al servicio del espíritu; conjunto de aparatos que tienen por objeto dos

cosas: recibir impresiones para transmitir las a la fuerza psíquica, y que ésta se dé cuenta de ellas para saber lo que pasa en el mundo externo y en el propio organismo; y reaccionar sobre el mundo exterior en virtud del impulso comunicado por el espíritu, para poner en movimiento las distintas partes del cuerpo y traducir en actos sus voliciones.

Este cuerpo, pues, que nos recubre, no es más que un medio, como la pluma y el papel lo son para escribir, como un instrumento músico para ejecutar una pieza musical, como un anteojo para ver un objeto a distancia, un barco para navegar, etc.; medios, y medios, si se quiere, indispensables; pero ni la pluma es la que escribe, ni el piano el que toca, ni el aparato telegráfico el que transmite despachos: es el elemento inteligente el que dirige, el que impulsa, el que verifica ciertos fenómenos, porque, valiéndose de las leyes naturales, hace que tales fenómenos se produzcan. Este es, pues, el cuerpo: un instrumento con este doble objeto: concentrar impresiones en el espíritu para que, mediante la sensación, conozca del mundo exterior y de su propio organismo, y obrar sobre los demás objetos para realizar el espíritu sus deseos. Sin órganos del lenguaje no hablaremos, pero el lenguaje no es más que un signo, un medio para hablar; y así los demás signos.

Ahora bien; este medio, este organismo como instrumento que es, ¿será de tal manera insustituible, de tal manera necesario, que, no originándose de él la fuerza psíquica o el espíritu, sea preciso hasta el punto de que la incapacite para ejercer sus funciones, quedándose el espíritu sin sus facultades y sin poder apreciar este mismo mundo exterior al faltarle el organismo?

Si este medio fuera el único medio, perfectamente. Si para escribir yo, no pudiera emplear más que pluma y papel, en faltándome estos dos requisitos, no podría comunicarme. Pero el elemento inteligente halla medios diferentes para realizar un mismo fin: si no tengo pluma lo hago con lápiz, si no tengo papel lo hago con pizarra, y

por fin, si no puedo escribir me valgo de otra cosa para comunicarme con mis semejantes. *Saber es poder*, y únicamente no sabiendo es como no podré; pero, en el momento en que sepa, buscaré el medio a propósito para realizar mis deseos.

Del mismo modo, si la facultad de pensar, de sentir y de querer, no proviene del organismo, ¿vamos a suponer que, porque se debilite, se atrofie o se pierda el órgano, es decir, el medio que en la vida actual servía para expresar sus sentimientos y voliciones, el espíritu se ha de quedar sin sus facultades? Esto es absurdo, puesto que sus facultades no se derivan de la naturaleza del cuerpo.

Bien, se dirá: no perderá sus facultades, pero se verá incapacitado para ejercitarlas, sin medios para ello, como el músico que faltándole el piano, aunque no pierda sus aptitudes adquiridas, se verá imposibilitado de ejecutar cualquier trabajo en el momento en que le falte instrumento apropiado.

Ciertamente, podemos contestar; pero si un medio pierde, puede adquirir otro; y de la misma manera, si el espíritu pierde el medio orgánico-corporal, puede adquirir otro equivalente, o lo que es igual, perdida una vida puede tener otra, perdido un cuerpo puede tomar otro, sin interrumpirse jamás la vida del espíritu.

Ya veremos, al hablar de las encarnaciones, cómo esta teoría del medio-condición, pero no causa, nos sirve para explicar los diferentes organismos que anima siempre el espíritu en su infinita vida. Entre tanto hagamos punto final en esta cuestión: que las diferencias entre el espíritu y el cuerpo nos prueban que el uno no es el otro, que si bien hay trato continuo, comercio psico-físico, los caracteres del uno no son los caracteres que vemos en el otro, y que, por deducción, los efectos diversos suponen diversas causas. Estas causas que son, de una parte la fuerza psíquica y de otra la fuerza material, nos muestran cómo dentro de la unidad de naturaleza humana, caracterizada por

la palabra *Yo*, es doble esta misma naturaleza, compuesta de espíritu y cuerpo, y cómo es verdad, según decía Pascal, que el hombre no es ni ángel ni bestia; pues, si por el pensamiento tiende a levantarse hasta el cielo, por los pies se halla encadenado a la tierra y sujeto a las leyes más rudas y pesadas de este planeta.

La diferencia, pues, entre el espíritu y el cuerpo, nos pone en camino de tener que admitir que el espíritu, aun necesitando del cuerpo, se sirve de él como de un instrumento solamente, no haciendo el cuerpo más papel que el de todo medio-condición, pero nunca de tal manera preciso que, inutilizado, pueda hacer perder al espíritu sus facultades. Lo más que podría suponerse es que quedase también éste imposibilitado de ejercitarlas por falta de instrumento adecuado; pero si un medio puede sustituirse por otro, perdido un medio de manifestación temporal, podrá ser reemplazado por otro medio a propósito.

CAPÍTULO IX

CARACTERES ESENCIALES DEL ESPÍRITU. - PREEXISTENCIA DEL MISMO A LA VIDA ACTUAL

Difícil es decir dónde empieza el espíritu y dónde empieza la materia. Bástenos saber los caracteres que distinguen a nuestro espíritu de nuestro cuerpo, sin tratar de averiguar, por ahora, si nuestro espíritu es el tipo del espíritu, en general, del universo, y si nuestro cuerpo es el tipo de los organismos materiales que puedan condicionar un alma racional para su relación con los demás seres. Prescindamos, pues, de lo accidental y de lo transitorio y fijémonos en lo que tiene carácter de esencial y permanente.

El espíritu tiene como cualidad esencial característica la actividad, conforme a su naturaleza. Está siempre en ac-

ción, sin que sepamos de momento alguno en que en él haya suspensión de esta actividad. Es, pues, el espíritu, ante todo y sobre todo, una *actividad* que obra, y sus obras llevan el sello de la finalidad; es decir, que se determina a obrar por propio impulso, por fuerza espontánea de su ser, no obligado ni cohibido, y al mismo tiempo en relación de fin para alcanzar algo, para realizar algún propósito determinado.

Esta actividad que nunca cesa, este germen de facultades siempre ampliable, germen susceptible siempre de nuevos desenvolvimientos, ¿habrá comenzado a vivir en el momento en que actúa condicionado a un organismo carnal? En otros términos; ¿la vida del espíritu es paralela a la vida del cuerpo y tiene su origen al mismo tiempo que la de éste?

Si el espíritu fuese sólo una resultante de las fuerzas fisico-orgánicas, nada más fácil que responder afirmativamente; pero si, como hemos visto, tiene su vida propia, distinta de la del organismo, aunque ligado a él, es absurdo suponer que del organismo proceda.

Constantemente estamos viendo que, mientras los caracteres fisiológicos se propagan por generación, las facultades psíquicas no se propagan de la misma manera; que de padres sabios salen hijos idiotas y que, prescindiendo de lo que pueda influir la educación, en una misma familia existen muchas veces hermanos con genios, aptitudes e inclinaciones muy diversas; lo que prueba que lo físico no engendra lo psíquico.

Es inadmisibile, pues, suponer que el espíritu empieza su vida a la par que el cuerpo. Las teorías del creacionismo, del traducionismo y tantas otras sustentadas por el estilo, han partido siempre de la hipótesis de que el espíritu comienza a existir en el momento en que hay organismo, diferenciándose tan sólo sus partidarios en que unos admiten que empieza su vida en el momento de la fecundación, y otros en períodos posteriores de la gestación, o en el acto del nacimiento. Nosotros, forzados por la lógica, hemos de con-

venir en que, puesto que no debe su existencia a las fuerzas físicas, no nace con el cuerpo, y no hay inconveniente en admitir su vida anterior a este estado de humanización.

Por consiguiente, no es tan sólo la inmortalidad lo que se deduce de las diferencias existentes entre lo físico y lo psíquico, sino la preexistencia; no sólo la vida posterior, sino la vida anterior a la actual.

Si el espíritu ha vivido antes de lo que decimos su encarnación o su humanización, ¿dónde habremos de buscar su origen? En los orígenes de todas las cosas, en la Causa absoluta de todo lo que es, en el fundamento único y total de todo lo existente y sin reconocer el cual quedan las cosas sin principio ni origen, agitándonos en un círculo vicioso al pretender explicarlas.

Sin necesidad de remontarnos tan alto, ocurre desde luego una objeción, que no hay nadie que de estas cuestiones se preocupe que no se haga a sí mismo. Si el espíritu ha vivido antes, ¿cómo ha vivido? Aun cuando no pudiéramos, sin embargo, contestarnos a esta objeción, no por eso probaría la no existencia anterior del espíritu. Tampoco al despertar tenemos conciencia de lo que, durante un sueño profundo, hemos hecho, y no por eso es menos cierto que hemos vivido, que hemos pensado y aun a veces que hemos hablado y ejecutado actos de los que luego al despertar no conservamos recuerdo. Tampoco el niño se da cuenta de sus primeros actos, y cuando llegue a ser mayor, no por eso está facultado para decir que, puesto que no se acuerda de lo que hizo, nada hizo. De igual suerte, el delirante, el loco, el imbécil, todo aquel que verifica actos inconscientes, no se acuerda después de estos actos, siendo, sin embargo, cosa evidente, que los realiza. El estado de conciencia es una condición que no es preciso que acompañe siempre a nuestra existencia espiritual, entendiendo aquí por conciencia, la reflexión o el darse uno cuenta de sus propios actos. En multitud de instantes de la vida perdemos la noción de lo que hacemos, hasta la noción de que existimos entonces,

embargada como se halla nuestra mente con una impresión extraordinaria; pero pasada aquella impresión, vuelve nuestro ser a darse cuenta de lo que hace y de las impresiones que recibe.

No es, pues, argumento serio el de que, puesto que no nos acordamos de haber existido, puesto que efectivamente no sabemos cómo hemos vivido, es porque no hemos tenido tal vida. Las cualidades permanentes de un ser, lo que caracteriza su esencia, aquello por lo cual es y que no puede perderlo sin dejar de ser él mismo, esto invariable, es eterno: quitad a un círculo la redondez y dejará de ser círculo; siempre, pues, que hablemos del círculo ha de ser con la cualidad o cualidades que le caracterizan como tal. Pues bien; el espíritu tiene, como cualidad esencial, la actividad continua, la constante determinación de sus fuerzas, que decimos sus facultades; y suponer a un espíritu que es tal y no produce actos, es suponer que puede haber círculo y no es redondo. La actividad, pues, es inseparable de la vida del espíritu.

Tenemos ya, que la simple reflexión, prescindiendo de prejuicios, nos patentiza que, tan cierto como yo soy inmortal y sobrevivo a mi organismo, yo soy también preexistente a este mismo organismo, que no es más que un medio temporal de relación con el mundo exterior y con mis semejantes, que no es más que un instrumento de trabajo del cual me valgo para realizar mis fines.

Larga sería la reseña, si quisiéramos comprobar aquí nuestra convicción de la preexistencia del espíritu al cuerpo con la historia de las creencias en este punto sustentadas por ilustres pensadores. Los que gusten afianzar sus doctrinas al verlas patrocinadas por hombres esclarecidos, pueden consultar la excelente obra de Pezzani *La pluralidad de existencias del alma*, y encontrarán abundantes testimonios de que esta idea ha sido sostenida en todos los tiempos. ¿Qué fue y aún es hoy, aunque desfigurada, la creencia de los indios en la transmigración de las almas? Pitá-

goras también la sostenía, y en el mismo Evangelio encontramos un pasaje que dice: "Y sus discípulos le preguntaron a Jesús, y dijeron: ¿Pues por qué dicen los escribas, que Elías debe venir primero? Y él les respondió, y dijo: Elías, en verdad, ha de venir, y restablecerá todas las cosas. Mas os digo, que ya vino Elías y no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron. Así también ellos harán padecer al hijo del hombre. —Entonces entendieron los discípulos, que de Juan el Bautista les había hablado (San Mateo, capítulo XVII, v. 10 al 13).

Si admitimos que el espíritu debe su origen a otra causa que a los fenómenos físicos, habremos de admitir también que sus facultades son de él mismo, de su misma esencia o naturaleza. ¿Podremos creer que los espíritus en su origen han de tener diversidad de naturaleza o facultades más desarrolladas unos que otros? ¿Cabe desarrollo de facultades donde no ha habido siquiera actividad, donde no ha habido vida? ¿Podremos admitir que espíritus que comienzan a existir, tengan los unos mejor desarrollo de inteligencia que los otros, que al poco tiempo unos se manifiesten como grandes genios que abren nuevos derroteros a la humanidad, en su marcha ascendente hacia la perfección, y otros se muestren torpes, defectuosos, incapaces de coordinar unas cuantas ideas y relacionar unos cuantos juicios?

Hay que ser lógicos: o admitir de una vez que el espíritu es tan sólo una mera función del organismo, o admitir que el espíritu por el empleo de su actividad, mediante su trabajo, va desenvolviendo sucesivamente sus facultades; y como vemos que los niños, independientemente de lo que deben a la educación, muestran desde la más tierna edad aptitudes y facultades diversas, muy distintamente desarrolladas, hay que suponer, o que la causa que produjo estos seres, que la Causa absoluta en donde tuvieron su origen, es soberanamente injusta al negar a unos desarrollo de facultades que otros tienen, o que, teniendo todos el mismo origen, todos a su vez van desenvolviendo estas facultades

de una manera libre y gradual, de conformidad al estado de desarrollo adquirido, manifestándose de este modo según el grado de perfección alcanzada, ya torpes, ya avisados; ya genios, ya ignorantes; con delicadeza de sentimientos o duros de corazón; con voluntad apática y débil, o, por el contrario, enérgica y persistente, capaz de hacer frente a las mayores adversidades de la vida. Mozart componiendo óperas a los pocos años de edad es un fenómeno que habrá que explicarse por injusta predilección de la Causa creadora, o por propia actividad y trabajo desarrollado. Y como es imposible este desarrollo en el breve espacio desde su nacimiento hasta los pocos años que contaba cuando compuso esas obras, hay que admitir este trabajo como anterior a su encarnación planetaria. La diversidad, pues, de aptitudes en el hombre prueba la vida anterior de su espíritu, sin que sea obstáculo el haber perdido el recuerdo de esta vida.

CAPÍTULO X

LA ENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU - LA VIDA ANTERIOR DETERMINA LA ENCARNACIÓN - POR QUÉ NO LO RECORDAMOS

Preexistiendo el espíritu a su encarnación y subsistiendo después de esta misma encarnación, claro es que, lo principal en nosotros, no es ciertamente la vida actual; pues no es, ni puede ser, la más importante, ni la más larga, ni la que ha de decidir de nuestro eterno destino, aunque tenga, como todo acto y toda serie de actos, sus consecuencias; pero no consecuencias de alcance infinito. La trascendencia de esta vida, por consiguiente, no es tan grande como las religiones positivas han creído, y aunque estemos muy lejos de suponerla insignificante, lo estamos mucho más de creerla decisiva para nuestro destino inmortal. Una vida, o sea una encarnación, es tan sólo un anillo de una inmensa

cadena compuesta de numerosos anillos que representan las distintas vidas planetarias.

En esto nos separamos de las religiones positivas, para las cuales al morir se decide de nuestro porvenir por toda una eternidad; y como la mayor parte de los nacidos mueren de niños, sin llegar siquiera al completo uso de razón, resulta que, según este criterio, el destino eterno de los seres está determinado por unos cuantos actos de su vida actual.

La razón rechaza este absurdo de pena o condenación eterna, lo mismo que el de la salvación o gloria también, motivada por una vida carnal, aun por larga que fuese; pues resulta absurdo el concebir una felicidad infinita y estable en el ser, siendo así que constantemente aumenta en perfección y que tiene por ley de su naturaleza el progreso en sus facultades. Esta bienaventuranza perfecta, esta felicidad completa es imposible, y más imposible aún el eterno sufrimiento, como no supongamos un aumento infinito también en la pena; pues si no, llegaría aquél a hacerse insensible al ser. Por eso las religiones positivas que no admiten el progreso indefinido, son incompatibles con la razón.

Volviendo a nuestro objeto, repetimos que la preexistencia o vida anterior del alma se reconoce simplemente por la diversidad de aptitudes desarrolladas en los seres y por la imposibilidad de suponer el origen de nuestro espíritu al mismo tiempo que empieza a existir el instrumento orgánico o cuerpo que aquí le sirve de medio para comunicar con el mundo exterior.

Esta preexistencia también es la que solamente puede motivar otras diferencias individuales; por ejemplo, el porqué de uno y otro sexo, el porqué de ciertas enfermedades ingénitas, la imbecilidad o locura de nacimiento, y otras cosas que solamente en esta doctrina encuentran racional explicación.

Prescindiendo del origen del espíritu, hay que suponer

que todos sus actos producen efectos correspondientes, siendo imputables a él aquellos que ejecuta con discernimiento y libertad, los cuales han de tener su sanción moral. Los actos pues, ejecutados con anterioridad a esta vida presente, son los que han de determinar las condiciones principales de esta vida. No es cosa indiferente, ni debida al azar, el nacer hombre o mujer, como no lo es nacer imbécil o de talento, un gran genio o un gran loco; y no es posible atribuirlo a meras fuerzas materiales, porque incurriríamos en un continuo círculo vicioso, teniendo otra vez que suponer que las fuerzas orgánicas eran las que determinaban las condiciones del espíritu, y que sería más instruido, no aquel que hubiese desarrollado más su inteligencia, sino aquel que tuviera un organismo más perfecto, y que sería un genio eminente o un héroe de virtud, no aquel cuyo espíritu se halle en un estado de desarrollo adquirido por sus propias fuerzas, sino aquel cuyo organismo esté de tal manera dispuesto, que, a pesar de ser quizá de padres de muy poca cultura, la casualidad o la naturaleza ha hecho, por caprichosa combinación, un conjunto de peso y forma que da por resultado una maquinaria en movimiento, cuyos efectos son producir las obras tan admirables de su inteligencia creadora.

Si, pues, no admitimos que el espíritu provenga del cuerpo, no podemos admitir tampoco que produzca sus aptitudes, y es preciso reconocer algo más que las cualidades orgánicas. Hay una ley, por tanto, que determina la clase de encarnación que uno ha de tomar, que es la ley moral; y esta ley es la que regula todas las demás leyes físicas a las que el ser se somete.

De aquí se deduce que todo ser tiene un organismo adaptado a su naturaleza y, así como es imposible que el espíritu de un hombre pudiera funcionar con un organismo animal inferior, es imposible también que el espíritu inculto y rudo que aún no se ha abierto a los puros sentimientos de la belleza y de la virtud, encarne en el organismo de un

mártir, capaz de sacrificar una y mil vidas por el triunfo de una idea redentora.

La encarnación o la vida orgánica está pues, de conformidad con el desarrollo o perfección adquirida y, cuando el espíritu ha ejecutado actos reprochables, sufre como una sanción de estos actos, como un castigo impuesto, la encarnación en un cuerpo que, por sus malas condiciones, le perturba grandemente y se muestra como loco, como imbecil o como imposibilitado de expresar todo el desarrollo anteriormente adquirido.

Del mismo modo, no es la diferencia sexual meramente orgánica. Entonces bastarían sólo las leyes físicas para explicarla. Entre el espíritu del hombre y el de la mujer, sin haber ninguna diferencia esencial, pues tienen idéntica naturaleza, hay, sin embargo, diferencias notables. La exquisita sensibilidad de la mujer no es producto únicamente de su impresionabilidad nerviosa; al contrario, por su mayor desarrollo y predominio del sentimiento, encarna en un organismo adecuado para desenvolverse en un sentido determinado. Y la fuerza, la energía de que da muestra el varón, es a su vez efecto del mayor desarrollo de la inteligencia y de su actividad para luchar con obstáculos exteriores, encarnando en un organismo adecuado a su estado de progreso. Solamente así tiene cada uno lo que puede y debe tener, y se comprende que haya justicia en el universo. No la podría haber, suponiendo que Dios, por elección que resultaría arbitraria, escogía a unos para ser hombres de talento, a otros para manifestarse como necios, imbeciles o locos; a ciertos seres, para ser hombres con todas las preeminencias y ventajas de tales en la sociedad, y a otros para nacer mujeres con todos los inconvenientes de su sexo en la misma.

Al instante que se toca esta cuestión, ocurre la misma objeción que cuando piensa uno en el movimiento de la tierra. Si la tierra se mueve, ¿cómo no lo sentimos? Precisamente por esto no lo sentimos, porque se mueve lleván-

donos a nosotros, y es preciso tomar puntos de comparación en el espacio para apreciar ese movimiento. Nuestro sentido es insensible para apreciarlo, como nuestra vista es también impotente para percibir el movimiento de los cuerpos cuando su velocidad es excesiva. Si nuestra vida es consecuencia de actos verificados con anterioridad a la encarnación, ¿cómo es que nosotros no lo sabemos? Precisamente por esto; para olvidar nuestros actos anteriores es para lo que renacemos, para poder mostrarnos con toda la energía y disposición de que somos capaces, para portarnos según nuestro grado de adelanto, sin tener en cuenta estados anteriores. Porque, si todo acto tiene su sanción, ¿habría mérito en ser bueno, sabiendo que anteriormente, por actos malos ejecutados, tuvimos grandes sufrimientos? ¿Sería uno libre de portarse bien con un semejante nuestro, sabiendo que aquel individuo fue el mismo ser de quien en otro tiempo recibimos cuantiosos beneficios? Si en una misma familia nacen hermanos que antes se odiaban cruelmente, ¿hasta qué punto sería posible el consorcio entre ellos, dada nuestra naturaleza actual, si a cada momento pudieran recordarse mutuamente sus injurias pasadas?

Es preciso que se prescindiera de los actos anteriores que abrumarían nuestra conciencia con su recuerdo, para portarnos y conducirnos libremente, según el estado de perfección adquirida, pero sin la memoria de los hechos que nos habrían de perturbar constantemente.

Mas, si el espíritu no tiene durante la encarnación la memoria de sus hechos anteriores, no pierde *jamás* el grado de adelanto adquirido. Podrá suceder, como en el imbécil o en el loco, que, perturbado más o menos por efecto del organismo, no pueda manifestarse al exterior con toda la fuerza de perfección adquirida como el hombre atado que se ve imposibilitado para desarrollar la fuerza muscular de que es capaz, pero que no por eso la ha perdido; del mismo modo, en el espíritu, esta fuerza adquirida, este progreso o grado de adelanto, jamás lo pierde, y libre después

de las ligaduras que le impedían el pleno ejercicio de su actividad, se manifiesta con la intensidad de acción que le es posible.

Tenemos, pues, que nuestra vida actual está determinada por la preexistencia anterior, y que a su vez, la encarnación planetaria de hoy producirá actos que trascenderán e influirán en nuestro porvenir, sin que estos actos sean, por otra parte, de tal modo trascendentales que basten para fijar *durante una eternidad* un estado de carácter permanente en el espíritu: serán de más o menos importancia, según los casos, pero nunca de trascendencia infinita.

Resta ahora averiguar qué clase de existencia anterior puede decidir de nuestro presente, y cuáles son las diferentes formas de encarnación en consonancia con los actos antes verificados.

CAPÍTULO XI

LA VIDA ETERNA DEL ESPÍRITU - VIDAS ANTERIORES A LAS ENCARNACIONES PLANETARIAS Y VIDAS INTERMEDIAS DEL ESPACIO - TRES CLASES DE ENCARNACIÓN EN LA TIERRA

Ni siquiera por un momento podemos concebir racionalmente la vida del ser-espíritu en fases sucesivas, sin tener relación las unas con las otras. Por múltiples que sean sus estados, por infinitas que sean sus variaciones, ha de haber continuidad entre las unas y las otras. No es posible concebir intermitencias o interrupciones en la existencia. *La vida es única*, es una sola desarrollándose en multitud de fases o de períodos, ya de encarnación, ya de desencarnación o período de tiempo intermedio entre dos encarnaciones.

Del mismo modo se deduce que no hay una vida actual

y *otra vida* futura, como se dice usualmente; no hay más que una vida eterna y continuada, sin que, ni por un momento siquiera, el ser deje de existir. ¿Y cómo ha de dejar de existir si su ser no se deriva de las fuerzas mundanales, siendo anterior y distinto de estas fuerzas orgánicas?

La creencia en la resurrección no es racional: el ser no necesita resucitar, porque no muere. Las moléculas materiales de que se compone su cuerpo, vuelven a la madre tierra para formar nuevas combinaciones, para seguir su marcha en el inmenso laboratorio de la naturaleza, entrando a formar parte de otros cuerpos; pero el ser, el elemento inteligente, no perece: era anterior al organismo físico que animó, y es posterior a la destrucción de ese organismo, verdadera máquina de que se sirve el espíritu para realizar su destino en una fase determinada de su vida.

Hablemos, pues, desde ahora, no de dos vidas distintas, sino de una sola y eterna vida de los seres; vida por consiguiente preexistente al momento fugaz de la encarnación, vida que continúa después de la desencarnación, en que se separa el espíritu de su organismo.

Conocemos, aunque sólo en parte, el modo de desarrollarse el espíritu en esta encarnación planetaria; la manera que tiene de comunicarse con sus semejantes; cómo mediante la sensación conoce del mundo exterior y de su propio organismo; de qué modo está dispuesto su aparato locomotor para poder moverse y cambiar de sitio de un punto a otro; de qué suerte el organismo influye sobre el espíritu causando ciertos y determinados movimientos, y en sentido inverso, cómo el espíritu influye, unas veces involuntariamente, y otras veces voluntariamente, sobre su propio organismo; pero si el espíritu es siempre el mismo, si sus facultades son en él esenciales, de tal modo que nunca puede considerarse inactivo, surge la pregunta ¿de qué manera empeará estas facultades? ¿Cómo las desarrollará en esos períodos de desencarnación que preceden o siguen a la vida carnal? Aquí vemos que, mediante el

lenguaje en sus diversas formas, el espíritu se pone en comunicación con sus semejantes para dar a conocer los estados de conciencia, que constituyen su vida íntima; pero, ¿de qué suerte se valdrá para hacerlo en ese otro período de vida, donde no hay órganos que produzcan sonidos articulados? Aquí vemos que, mediante el aparato visual y los demás sentidos, podemos apreciar, ya el color, ya la distancia, ya el sonido, etc., de los cuerpos; mas ¿de qué modo apreciaremos esas y otras propiedades de la naturaleza sin órganos determinados *ad hoc*?

Difícil sería la respuesta si creyéramos que el espíritu, el ser inteligente, no dispone de otros medios materiales más que de los medios orgánicos que posee, y que para exteriorizar su pensamiento y para sentir los efectos del mundo exterior, ha menester de un organismo de carne y hueso, donde, mediante aparatos especiales, se verifiquen las impresiones, que se transmiten luego a los centros nerviosos para producir la sensación y saber de este modo del mundo externo. Pero, desde el momento en que el organismo es considerado como un medio, como un instrumento más o menos importante, pero nunca único; desde el momento en que todo medio puede ser sustituido por otro, no hay inconveniente en admitir que el espíritu tiene siempre el medio material apropiado a su estado o a la condición en que se encuentra para vivir la vida de relación con los demás seres. Al contrario, hay que creer que siendo la materia infinita en sus propiedades, como infinita en sus combinaciones, el espíritu dispone de medios más a propósito, más ligeros, más fáciles de manejar que los que poseía en la encarnación.

Esto sería imposible de admitir desde el momento en que le supusiéramos como un ser indefinido, vago, inmaterial, en cuyo caso sería imposible esa comunicación, esa vida de relación, sin la cual sería tanto como negar su existencia; pero si se patentiza materialmente por las comunicaciones, principalmente de los sonámbulos y médiums videntes, que

el espíritu viene a ser en su forma externa como una luz de mayor intensidad que, según el grado de su pureza, alcanza más o menos irradiación, cesa toda incertidumbre de lo que es o representa el espíritu separado de su organismo.

Sin embargo, el estudio de la vida de ultratumba, de la vida fuera del organismo corporal sería imposible, si los espíritus mismos, mediante las comunicaciones, no nos lo hubiesen revelado. Merced a ellos nos explicamos el por qué se pueden relacionar con los encarnados, los distintos medios que emplean para ello y cómo se comunican entre sí, las esferas de asociación que tienen, el empleo que hacen de su vida, la manera de progresar en la vida del espacio, el modo de hacer más provechosa una encarnación y las leyes que presiden al desarrollo del espíritu en todas partes. Todo ello ha sido expuesto en multitud de obras, principalmente en las de Allan Kardec, donde se describen y dan a conocer, ya en forma de principios generales, ya con detalles minuciosos, todos estos y otros muchos fenómenos.

Por ahora nos basta saber que la vida se desarrolla de análoga manera en el espacio que en la encarnación; que siendo esencial en el ser la actividad, no es posible concebir en él un momento de reposo; al contrario, hemos de admitir que, disponiendo de medios más fáciles, más ligeros, más sutiles para todas sus obras, puede verificar sus actos con más comodidad, libre, hasta cierto punto, de la cadena material, que aquí nos impide en gran parte dedicarnos al desenvolvimiento de las fuerzas intelectuales.

Esta vida del espacio sirve de preparación a la vida carnal, y en ella se disponen y preparan las condiciones principales del ser que ha de encarnar.

Las condiciones o las leyes generales a las cuales se someten los espíritus afectos a este planeta son tres: 1º, como expiación; 2º, como prueba; 3º, como misión. Por consiguiente, todos cuantos aquí encarnamos, lo hacemos o para expiar y por el sufrimiento merecer, o para probarnos en

las difíciles circunstancias que la vida ofrece, o para hacer adelantar a los demás.

La expiación es el principio al cual obedecemos la mayor parte. En efecto, las enfermedades y dolores sin cuento que la vida proporciona nos indican que este es un mundo de expiación o de sufrimiento; y en correspondencia con esto, vemos a los espíritus perturbados en guerras incesantes, predominando la mentira y la hipocresía y más aún la ignorancia, sumidos en la barbarie pueblos enteros, con el desconocimiento de su destino, afiliados a creencias religiosas que atrofian la inteligencia en vez de elevarla y que prueban el gran atraso intelectual de la humanidad en conformidad con su atraso moral.

El orgullo humano había creído que éste era el *mundo*; es decir, la parte del Universo predilecta, siendo todos los astros, ya soles, ya planetas, unos meros adornos para recrear nuestra vista. La astronomía hizo ver que la Tierra no es más que un grano de polvo en esta inmensidad donde centellean luces de tan variados matices. Nos creímos el todo y somos una partícula insignificante para el resto de la Creación.

Tiempo es ya de aplicar el mismo raciocinio a la vida humana. Hasta ahora, la mayor parte de las religiones y de los sistemas filosóficos han hecho decidir el destino del espíritu de los actos verificados en una vida tan corta y tan efímera como la carnal, sujeta a tan encontrados accidentes y obstáculos, que la mayor parte de los humanos ni aun puede llegar al uso de razón; y sin embargo, se ha supuesto que este minuto de vida que aquí tenemos era el que decidía de nuestro eterno porvenir. Mirada con el criterio de la razón hemos de considerar que esta vida es insignificante, es inapreciable en comparación de la infinita vida, y que el destino del ser, que ha de realizarse en un progreso incesante, exige el tiempo infinito, exige una ampliación constante e indefinida de fuerzas para conocer de la Creación, para relacionarse con los demás seres, para sentir, conocer

y amar cada vez más la Causa productora de todas las maravillas del Universo.

Entre la consideración de la tierra como astro a cuyo alrededor giran los demás, sirviéndoles de adorno en su cortejo, y la apreciación de la tierra como átomo estelar, hay un infinito. De igual suerte, entre la consideración de la vida de nuestro ser, dividida en dos mitades, una que comprende esta encarnación y otra posterior, resultado de ella, y la consideración de la vida eterna del ser, en series sucesivas de desarrollo y ampliación constantes, media también un abismo infinito.

CAPITULO XII

EL PROGRESO INDEFINIDO

Consecuencia de la eterna vida del ser es el progreso indefinido; ¿qué debemos entender por progreso en el espíritu? Tal debe ser el objeto del presente capítulo.

La palabra *progreso* se ha tomado en sentido de adelanto, de avance; progresar es mejorar, es innovar constantemente conservando al par lo bueno ya adquirido: tal es el concepto esencial de la palabra progreso. Pero el progreso en el espíritu no puede ser adelanto sucesivo en el sentido de que siga determinada línea de dirección, ya recta, ya curva; no puede ser adquisición de facultades o poderes, o simplemente de propiedades que ya no tenga; porque efectivamente, el desarrollo de una cosa no es más que el desenvolvimiento de lo que ya contiene, pero de ninguna manera la adquisición de aquello que esencialmente no posee. Es, pues, el progreso, en el espíritu, la ampliación constante y sucesiva de facultades que posee desde su origen; nunca la adición de propiedades o facultades que no tenga por razón de su naturaleza.

De aquí deducimos, que, esencialmente, todos los espíri-

tus tienen igualdad de naturaleza, y por consiguiente, no hay jerarquías: no hay espíritus creados los unos ignorantes y los otros con gran inteligencia. Todos han de pasar por los mismos grados de desarrollo, aunque no precisamente por los mismos estados que los determinan, pues pueden ser éstos análogos o equivalentes. Todos los seres son pues iguales: las diferencias que existen entre ellos son simplemente de grado de desarrollo, de estado de adelanto. Siguiendo el curso de su vida, todos han de progresar, y el que hoy se muestra como débil, ignorante y atrasado, llegará a ser mañana sabio, héroe y admirado por sus esclarecidas dotes.

Injusticia notoria habría en la Causa creadora si no obra-se así. Si hubiese naturalezas angélicas y naturalezas mundanas, si hubiese unos seres destinados a sufrir y otros destinados a gozar, los unos con más facultades que los otros, la Causa absoluta no habría procedido con equidad. Pero tal como es, puede existir y existe la infinita variedad en la escala infinita de grados de desarrollo, teniendo todos la misma naturaleza e idénticas facultades que les permiten llegar a los mismos grados, estando siempre abierta la escala para todos. A este propósito nos dice uno de los espíritus, que demuestra mayor elevación: "Hay en los cielos campo para una codicia eterna de bien y fuente para una sed insaciable de saber". — (MARIETTA, pág. 208, 5a. edición).

Podemos, nos dice otro muy querido, considerar al espíritu en su origen como al diamante en las entrañas carboníferas de la tierra; y al espíritu en cierto grado de cultura, como a este mismo diamante ya pulimentado por el lapidario. ¿Habrá éste variado de naturaleza? ¿Habrá mejorado esencialmente, es decir, habrá adquirido propiedades que antes no tenía? De ningún modo: el arte consiste en tallar facetas para hacer que refleje cada vez más luz y se muestre, por consiguiente, más límpido y refulgente. De igual suerte, el espíritu de hoy es el mismo espíritu que hace siglos apenas tenía noción de su existencia; pero no

son dos distintos seres, sino uno mismo que, mediante el desarrollo de su naturaleza, el desenvolvimiento de facultades que en germen tenía, ha mejorado de estado, ha progresado; y así como en el diamante, cuantas más facetas se le hacen, más aristas se destruyen, del mismo modo en el espíritu, en cada fase de su vida, en cada encarnación, se destruye la arista más saliente de su imperfección moral, y cada vez brilla con más fulgor y hermosura, conociendo, sintiendo y amando siempre más la creación y al Creador, y comprendiendo lo infinito que media entre él y la Causa productora del Universo, que le ha dotado de tan inapreciables facultades como las de ir desenvolviendo su vida y adquiriendo valor propio, por el propio esfuerzo.

De este modo tiene individualidad, tiene personalidad por los actos que realiza; porque son suyos, porque constituyen su historia, y en cada acto que verifica va impreso de modo indeleble el estado de adelanto adquirido, el grado de progreso a que ha llegado. De otro modo, si el Creador nos hubiera dotado de facultades ya desarrolladas al comienzo de nuestra existencia, no habría mérito; y como la inteligencia la empleamos para saber lo que somos y para comprender los fenómenos del Universo, así como para conocer de la Causa absoluta hasta donde nos es posible; si todo esto no nos costase ningún trabajo, ningún esfuerzo, no seríamos acreedores a merecimiento alguno. Por analogía, tampoco podríamos nunca desviarnos en el camino del progreso, y seguiríamos indefinidamente en nuestra marcha la línea recta hasta confundirnos en la Infinita perfección.

De aquí se deduce, que el espíritu tiene naturaleza perfecta en su esencia, que le permite un desarrollo infinito en el espacio y tiempo ilimitados, desenvolviéndose en una serie de estados sucesivos y continuos, infinitos también, determinándose constantemente cada facultad en actos concretos y distintos que responden a la fuerza potencial desarrollada en cada momento.

Solamente esta naturaleza originariamente perfecta, pue-

de permitir el desarrollo constante y progresivo al infinito. De otro modo, llegaríamos a un límite del cual no podríamos pasar y pudiera tacharse de imperfecta a la Causa creadora que no supo hacer seres de perfección constantemente progresiva.

Lejos de eso, hay que admitir que, reconociendo como infinitamente perfecta a la Causa creadora, sus obras han de llevar el sello de su infinita perfección. Así los seres han de tener atributos análogos a la causa de que proceden, si bien habiendo siempre la distancia entre la causa y el efecto.

Este progreso indefinido, este adelanto del ser, abierto siempre a nuevos adelantos, esta ampliación de facultades, esta diferenciación constante de funciones que da variedad y alcance mayor a sus actos, no pueden interrumpirse jamás. El progreso será más o menos rápido, más o menos lento; pero será. A este efecto, nos dice un espíritu elevado: "Detenerse es fácil; difícil detenerse mucho: dejar de marchar, imposible."

Ciertamente, el ser podrá prevaricar, podrá decaer moral y físicamente; pero al límite que llegó una vez, podrá cuantas veces quiera volver a llegar, y por consiguiente reconquistar lo perdido. Además, que si prevaricó moralmente, su inteligencia se ha enriquecido con el conocimiento del acto realizado, y este mismo acto ha de ser después acicate y estímulo para reparar en mayor grado la falta cometida.

Claro es que esto no puede hacerse en una sola vida. Por más medios que uno tenga para resarcir el mal que ejecutó, son siempre insuficientes, y es preciso, si la conciencia ha de quedar satisfecha, devolver bien por mal en mayor proporción aún del mal verificado; y claro es que el que sucumbe a la mitad del camino recorrido, se ve imposibilitado de hacer esta devolución. Una sola vida, pues, no basta: el espíritu necesita tener a su disposición lo infinito del tiempo para realizar cuantos actos meritorios le sea preciso en compensación de los actos que su conciencia le acusa como culpables.

Resumiendo, pues, vemos que el espíritu es perfecto en su naturaleza; y de esta perfección esencial se deduce que ninguna nueva propiedad adquiere en su desarrollo, porque todo desarrollo no puede dar lo que en sí ya no se contiene como germen. Este desenvolvimiento es, por lo mismo, infinito; jamás termina. Jamás llega a un estado de perfección en grado infinito, lo que implicaría contradicción, pues, quien dice progreso, dice más o menos grado de adelanto: nunca perfección como estado permanente.

Para realizar este progreso es insuficiente una sola vida, lo mismo para adelantar gradualmente en el bien que para rehacer nuestros actos, es decir, verificar otros nuevos en compensación de los que nos han hecho prevaricar.

Por último, vemos que jamás la prevaricación y el demérito implican pérdida de progreso, sino simple rebajamiento moral, pero con poder siempre de ascender al mismo grado de adelanto adquirido antes de prevaricar, y después a mayores adelantos en virtud de actos sucesivos.

CAPITULO XIII

LA PLURALIDAD DE MUNDOS EN RELACIÓN CON LA PLURALIDAD DE EXISTENCIAS

La pluralidad de vidas surge como hipótesis necesaria para podernos explicar racionalmente la diferencia de aptitudes en los individuos: sólo ella nos da razón de la variedad de inclinaciones y el diferente grado de perfeccionamiento que revelan las facultades en los niños. Sólo ella también, sin contradecir la justicia absoluta, nos explica satisfactoriamente el porqué de los genios y el porqué de los ignorantes, el porqué de las razas esclavizadas en la sensualidad material y la existencia de otras más adelantadas con goces más puros y mayor cultura.

Hemos visto comprobada esta misma hipótesis al reco-

nocer como carácter esencial del espíritu, como ley a que obedece, que lo es también de la creación entera, el progreso indefinido, el sucesivo perfeccionamiento, o mejor, la constante ampliación de sus facultades.

Relacionada con esta cuestión de la pluralidad de vidas, se nos muestra la de la pluralidad de mundos. Efectivamente; si una vida no es tiempo suficiente para desarrollarse un ser, ¿tendrá un mundo espacio bastante para que en él se desenvuelvan todos los seres?

La respuesta no parece dudosa. Los seres no pueden tener número limitado y mucho menos es posible circunscribir este número a los que pueden actuar en el planeta Tierra. Es lógico, pues, admitir que hay más mundos que éste, donde el espíritu se va perfeccionando, como ha pasado ya por otros donde ha adquirido las perfecciones que al nacer en la carne ya tenía.

La inducción filosófica se muestra conforme con los descubrimientos científicos. Hoy ya nadie cree, o por lo menos nadie debe creer, que la tierra sea el mundo predilecto del Creador, en el que empleó, para hacerlo, cierto número de días, o si se quiere períodos, ocupándose luego como cosa de poca importancia de la creación de los demás astros. El Génesis, que narra cuidadosamente la obra realizada por el Hacedor en cada uno de estos días o períodos, no tiene más que una frase casi despreciativa, cuando a los demás astros se refiere: "Hizo también las estrellas", es lo que nos dice; y no es de extrañar aquí esta sobriedad del lenguaje teniendo en cuenta que fueron hechas, según el mismo sagrado libro, para recreo de los mortales.

Mas, de la comparación entre la infinita pequeñez de nuestro globo y la infinita grandeza del resto de la Creación, nace la certidumbre de que la vida no termina en la Tierra, que la vida existe también en otros mundos, y cuando se ha llegado a pesar y a medir, y se ha podido apreciar la composición química y se ha analizado la atmósfera, como la luz, los movimientos y otros caracteres de los pla-

netas más próximos; cuando se ha visto que, lejos de no haber vida, poseen condiciones para tenerla, algunos mucho mejores que este pobre mundículo sujeto a tantos cataclismos y calamidades, nadie puede tener por sospechosa la doctrina de la pluralidad de mundos habitados, y que aun más que la pluralidad de existencias, ha sido fácil a la ciencia el comprobarla.

Los instrumentos de óptica de que actualmente podemos disponer son muy imperfectos: no nos permiten apreciar con detalles los signos que habrían de evidenciar la presencia de seres inteligentes en esos otros mundos; pero, del mismo modo que no es preciso ver un círculo para saber que ha de ser redondo, porque es cualidad esencial a su naturaleza, donde quiera que nos hablen de atmósfera, de calor y humedad, etc., en ciertas condiciones, es preciso admitir, como consecuencia natural, la vida.

Y si la vida existe, no es posible circunscribirla al límite de la vida vegetal. ¿Dónde termina ésta y empieza la vida propiamente animal? Aún no se sabe; no se puede precisar, porque hay seres de naturaleza intermedia, y ascendiendo en grado de perfección, allí donde reconocemos la existencia de la vida animal, hemos de admitir la existencia de seres inteligentes; pues el animal es siempre un ser inteligente. El hombre será, en todo caso, el ser inteligente más perfecto de cada mundo.

Dejemos, pues, que la Astronomía, aprovechando los adelantos de la Física, investigue los espacios y ponga ante nuestros ojos las maravillas celestes; nuestra razón se satisfice, aun sin necesidad de palpar mediante nuestros sentidos, porque sus principios son necesarios e inmutables, y probada la existencia de la vida como ley necesaria, donde quiera que hay condiciones para ello, y probado que ésta existe en el grado que dichas condiciones lo permiten, hay que admitir una inmensa variedad de vida existente en los inmensos campos de la Creación. No son moles desiertas los astros que giran por el espacio: son mundos animados

de vidas de todas clases los que ante nuestra vista pasan, y lo mismo otros muchos que nos es imposible percibir.

Además, sería absurdo suponer, no ya siendo espiritista, sino siendo materialista, que hay esos mundos con mejores condiciones que la tierra para tener seres inteligentes y que sin embargo no los tenían; pues sabemos que, en idénticas condiciones, las mismas causas producen los mismos efectos, y la fuerza que aquí los ha originado, allí los habrá también producido.

Por otra parte; ¿el Creador había de agotar su potencia infinita produciendo, como en el parto de los montes, tan sólo este mundículo? Cuando la Astronomía nos presenta soles de múltiples colores, más colosales y en actitud de poder otorgar vida y movimiento a multitud de planetas, en condiciones mejores que nuestro sol, que es de clase inferior, ¿habremos de suponer que desparrama inútilmente torrentes de luz, de calor y magnetismo? ¿Habremos de admitir que esos mismos planetas que ya el telescopio nos ha permitido ver, ruedan en el éter con perfectas condiciones para ser habitados, pero sin habitantes? Con más razón pudiera sostenerse la habitabilidad de esos mundos que la de esta Tierra, tan pobre, tan pequeña y en condiciones mucho peores para contener seres inteligentes.

El célebre astrónomo Camilo Flammarion ha consagrado su vida entera a probar esta verdad que cada día patentizan más los modernos descubrimientos, y nadie que consulte sus obras podrá dudar el aceptar como verdad necesaria la pluralidad de mundos habitados.

Nadie, tampoco, que reflexione un momento, podrá por menos de enlazar esta cuestión con la anterior y reconocer que la pluralidad de mundos es una verdad relacionada con la pluralidad de existencias; pues, si hay seres de diversa naturaleza, en condiciones muy desiguales de vida; si no puede ser indiferente nacer en este o en aquel mundo, como no puede ser indiferente, dentro de un mismo mundo, nacer en un país salvaje o civilizado, hay que admitir que

cada uno nace donde debe, en el mundo apropiado a sus condiciones. Esos mundos de mayor felicidad que presentimos, los alcanzaremos, y por ellos pasaremos cuando los hayamos merecido; del mismo modo que dejamos ya atrás otros mundos de barbarie donde la vida sensual constituye la única vida del hombre.

Así reconocemos en la creación el sello de la infinita justicia que por todas partes se manifiesta, y al mismo tiempo de una bondad infinita que permite a cada ser participar de aquello que legítimamente ha conquistado.

CAPÍTULO XIV

CARACTERES DEL ESPIRÍTU EN SÍ MISMO, INDEPENDIENTEMENTE DE LA ENCARNACIÓN

Es accidental, para nuestro objeto, el estudiar al espíritu sometido al organismo carnal; tan accidental, como si para estudiar Botánica nos fijásemos exclusivamente en una planta determinada. Preexistiendo el ser a la encarnación, a la vida orgánica en un mundo cualquiera, la vida mundanal es tan sólo un momento transitorio de su infinita vida. Queremos, pues, estudiar el carácter del espíritu por las condiciones que tiene cuando está sometido a vivir con un organismo determinado, es tomar una parte insignificante por el todo y creer que por esa parte estamos ya autorizados para dar nuestro voto sobre el valor del resto.

Hemos de emplear otro método que el experimental. La experiencia personal es muy limitada en tiempo y espacio, el horizonte sensible que ilumina es de cortísimo alcance. Para auxiliar más nuestra investigación es preciso un telescopio de mayor potencia: este telescopio que nos permite ver las cosas hasta los linderos más apartados de nuestra personalidad, es la razón. Merced a ella sabemos acerca de lo fundamental, de lo permanente y esencial de un ser, de

una idea, de un principio; y por su cualidad de conocimiento universal se aplica siempre a toda clase de conocimientos de la misma naturaleza. Partiendo de esta naturaleza de las cosas, perceptible por esta facultad, reconocemos que las paralelas, por ejemplo, no se encuentran nunca aunque se prolonguen, por más que sea imposible poderlas trazar hasta lo infinito; sabemos también que todos los círculos son redondos aunque jamás nos sea posible ver los que se han trazado por todos los hombres; porque no es una mera inducción que se basa en analogías: se basa en las propiedades esenciales de su naturaleza.

¿Qué es, pues, el espíritu en sus cualidades permanentes, ahora y siempre, en la encarnación y en la desencarnación, en la tierra y en el espacio, en un mundo material y en un mundo más espiritual?

Siempre y en todas partes el espíritu es una actividad que constantemente se mueve, vive y obra: un elemento inteligente que anima un organismo, que es el medio de expresión de su fuerza interna y de relación con los demás seres: un ser íntegro, total, completo, en cualquier momento de su infinita vida.

Tiene por principal atributo el ser un germen desarrollándose a lo infinito, el cual, teniendo su origen en la Causa creadora, participa de sus atributos: es pues, infinito en perfección por su naturaleza; pero jamás perfecto en su estado de desarrollo, por su carácter limitado. De aquí el progreso indefinido, de que hemos hablado; de aquí el sucesivo cambio de estados que le determinan en cada momento de su desarrollo esencial.

No hay en el espíritu centro especial de facultades. No tiene más que una: la cualidad de ser y estar en sí, de darse cuenta de toda relación exterior y de toda manifestación interna, cualidad que denominamos *conciencia* y que es sucesivamente ampliable en su desarrollo. Todas las facultades son derivaciones de ésta, o mejor son la misma conciencia, obrando de modo determinado. No adquiere, pues,

el espíritu, en su infinito perfeccionamiento, cualidades que ya no posea, ni facultades nuevas; únicamente desenvuelve la actividad de esta sola facultad, la conciencia.

Esta condición de ser y de manifestarse el espíritu, hace que siempre obre en unidad, que siempre se manifieste en la totalidad de su ser. En cualquier acto del espíritu se manifiesta, en efecto, todo el espíritu, como que es simple, íntegro y total.

Los actos varían, no obstante, al infinito; pero es por la determinación voluntaria que les acompaña, por el diferente grado de intención o por la intensidad mayor o menor de sentimiento que les anima, pues nunca en el espíritu están equilibradas sus fuerzas, que llamamos facultades, o las determinaciones distintas de su conciencia que toman este nombre. A lo más, hay un equilibrio inestable; pero, por lo mismo, poco duradero.

Los estados o las determinaciones de su actividad que el espíritu realiza en su vida, los denominados actos. Estos actos del espíritu son siempre sucesivos y continuos. No hay dos de ellos que sean completamente iguales.

Siendo el espíritu un ser permanente y teniendo por cualidad esencial la conciencia, es esta cualidad que constantemente le acompaña en mayor o menor grado de desarrollo. Los actos, pues, conscientes, son eternos o permanentes para él. De aquí el poder reproducirlos cuantas veces quiera. No es precisamente que los conserve por su memoria durante más o menos tiempo, ni que, en realidad, estos actos o estados sean permanentes, sino que tiene el poder de reproducir los estados conscientes por que ha pasado, siendo en este sentido permanentes en él.

La sucesión de los estados del espíritu engendra su tiempo. El tiempo, pues, del espíritu no está sometido a las leyes de la naturaleza física como el cuerpo. Ordinariamente se cuenta nuestra vida por el desarrollo del organismo carnal, en conformidad con las leyes naturales, y así decimos, por ejemplo, que tiene treinta años aquel individuo que, en

el período transcurrido desde su nacimiento hasta la fecha, la tierra ha dado treinta vueltas alrededor del sol; y como el cuerpo está sometido a este proceso de la naturaleza planetaria, como nace, crece, se nutre, y muere como los demás seres naturales, resulta que contamos la edad del hombre por lo que en él es más contingente y menos importante: por la edad del cuerpo. Pero sucede a veces que mientras un individuo tiene treinta años, porque ésta es la edad de su cuerpo, su espíritu inculto, poco desarrollado, tiene menos edad o sea menos actividad o menos vida que otro individuo que, de menos edad material, ha experimentado más afecciones, ha tenido más determinaciones voluntarias y más ideas en su inteligencia. No vive, por consiguiente, más aquel que más años tiene, sino aquel que más desarrolla su espíritu.

El espíritu, no obstante, como eterno que es, está fuera del tiempo. Engendra *su tiempo* al producir actos sucesivos; pero su esencia está fuera de esta condicionalidad; su vida es eterna; su actividad es permanente, y tan sólo en los estados de esta actividad es donde se produce su tiempo; tiempo relativo a él y no a otro ser, tiempo que nada tiene que ver con las mudanzas de los demás seres, ni por consiguiente con los tiempos de los planetas al recorrer sus órbitas.

Además, cada planeta tiene su tiempo, según la mayor o menor velocidad con que gira, de donde resulta que, teniendo velocidades muy desiguales, tienen también diferentes tiempos. De modo, que no sólo para el espíritu, sino también para los cuerpos hay esta misma ley: el tiempo es la sucesión de actos, de movimientos, y cada ser está sometido a sus movimientos propios.

De igual suerte que el espíritu está fuera del tiempo, si bien hace su tiempo por sus mudanzas, está fuera del espacio; pues, eterno como es, no se circunscribe su vida, ni la esfera de su actividad, a un punto más o menos grande del universo; su esfera de actividad es ampliable a lo infinito, teniendo como una luz un círculo de irradiación, un

horizonte a donde llega su influencia, círculo que se ensancha a medida que aumenta su actividad. Temporalmente, ocupa el espíritu un espacio determinado, actuando en tal o cual mundo; pero a medida que aumenta en poder, se amplifica su espacio; y, como la actividad es progresiva, el espacio que cada ser ocupa, o mejor, el espacio en que cada ser actúa, aumenta también cada vez más. El espíritu, de este modo, puede ocupar desde el punto matemático hasta mundos y nebulosas, los cuales abarca o compenetra con su actividad.

La encarnación, pues, o el estado en que el espíritu se halla sometido a un organismo, es cosa muy secundaria, así como el tiempo de una vida es muy insignificante en comparación del tiempo infinito. El límite a que el cuerpo circunscribe al espíritu para obrar, cohibiéndole en su libre manifestación, desaparece después en la desencarnación donde abarca espacios mayores. A más, que las encarnaciones han de ser también progresivas, y cada vez el espíritu estará menos limitado por su organismo.

El organismo limita, pues, al espíritu como un molde limita la materia que contiene. Sin embargo, esto no es del todo exacto, porque el espíritu no está encerrado en el organismo, pues lo inferior no puede contener a lo superior, sino que irradia a través del mismo, como la luz no está encerrada dentro del tubo de una lámpara, sino que se extiende alrededor en un círculo de mayor o menor alcance.

El espíritu, decimos, tiene por única facultad de la cual todas se derivan en serie diferencial, la conciencia; y desarrolla la conciencia con el cambio de estados, siempre que éstos perfeccionen su naturaleza. Ahora bien, lo que perfecciona nuestra naturaleza, lo que nos satisface porque conforma con nuestra esencia, eso es el bien. De modo que el cumplimiento del bien, es la realización de la esencia del espíritu: es lo que le perfecciona; y como para ello es preciso la relación con nuestros semejantes y con todos los demás seres, el espíritu tiene también esta facultad de relación.

Es un ser de universales relaciones, de tal modo, que todos los fenómenos puede decirse que vienen a él, que en él repercuten, y si no se da cuenta de ellos, es por su imperfección: todo ser ocupa el centro de lo infinito y todos los estados del infinito universo a él convergen.

Cada ser, sin embargo, sólo aprecia lo que en el límite de su desarrollo esencial alcanza; y a medida que más se perfecciona, más refleja de sí las bellezas que percibe, del mismo modo que el diamante, a medida que se pulimenta, refleja mejor los puros destellos de la luz.

Para esto es preciso que el espíritu tenga forma, pues todo lo que es limitado tiene forma, de algún modo está circunscrito. Desconociendo la esencia del espíritu, como la esencia de la materia, al decir forma del espíritu no nos referimos a la forma de su esencia; mas, como el espíritu está siempre con materia de la cual se vale para su manifestación, constituye siempre una personalidad el elemento inteligente unido al elemento material, al cual anima; por lo que podemos decir que el espíritu tiene siempre forma, porque tiene siempre determinada materia de que se sirve para su manifestación.

Esta forma constituye un verdadero organismo fluídico, y es lo que le particulariza y distingue como ser personal, organismo que se ha llamado *periespíritu*, y que está constituido de los elementos emanados de los organismos terrestres, en los espíritus afectos a este mundo. Este cuerpo fluídico es la objetivación del estado moral e intelectual; es decir, que toma la forma del sentimiento predominante en un momento dado; y como los elementos de que se compone son tan sutiles, varía de forma con la mayor rapidez, según se siente el espíritu, eliminando unos flúidos y asimilándose otros, según el grado de su pureza.

Pero independientemente de la forma determinada por el estado temporal del sentimiento, cada espíritu ocupa una extensión esférica del espacio en donde siente y a donde llega su actividad; es decir, que la forma de sensación y de

manifestación del espíritu es una esfera de más o menos actividad, cuyo centro ocupa el elemento activo, esfera de más o menos radiación según la pureza del espíritu.

Realmente esta forma no es propia y exclusiva del espíritu: lo es de todos los seres; pues todos los seres tienen una esfera de acción que decimos de irradiación. Estas esferas se compenetran en relación a su sutileza; de modo que la más tenue influye o compenetra a la más densa, y así el espíritu más ligero, más tenue, de mayor irradiación, compenetra o contiene en sí multitud de seres de mayor densidad.

Esta compenetración de los espíritus hace que sientan dentro de sí mismos como en su propio ser cuanto acontece dentro de la esfera de su radiación; esfera que se refiere no tan sólo a la extensión o alcance del espacio donde influyen, sino a la intensidad o a la sutileza de percepción, a la intensidad de esta percepción.

De aquí se desprende que no hay ningún ser aislado. Todo ser está contenido dentro de la esfera de otro y de otros seres; y por puro que sea un ser, hay siempre otro de mayor pureza que le contiene y en cierto modo le anima. El universo entero está de este modo compenetrado y animado por la Causa absoluta.

Así, la fuerza que impulsa a los seres y que los obliga a progresar depende, no tan sólo de la virtualidad de sus facultades, sino de que esta esfera de actividad superior que nos compenetra, que nos anima y vivifica, determina en cierto modo movimientos y actos que, sin coartar nuestro libre albedrío, tienen por principal objeto hacernos progresar elevándonos sobre el nivel de adelanto ya adquirido. De este modo todo ser es providencia de otro, al modo como la infinita providencia dirige e impulsa el Universo entero. Todos los seres sienten en sí aspiraciones a lo perfecto porque son atraídos hacia esferas superiores y porque, originados de la Divinidad, sienten en sí mismos esa fuerza que

desconocen y que les anima a proseguir su actividad para alcanzar mayor perfección.

No hay seres desconocidos, no hay seres olvidados, ni para otros seres, ni para la Divinidad, y todos influidos, todos compenetrados, todos vivificados por el soplo de la actividad creadora, vamos en el Universo infinito realizando nuestros destinos, aproximándonos cada vez más, identificándonos cada vez mejor, desarrollando con más plenitud nuestras facultades y reconociendo en nosotros mismos la perfección latente que nuestra esencia contiene, sintiendo cada vez más del Universo, de nosotros mismos y de la Divinidad en proporción del desarrollo alcanzado.

CAPÍTULO XV

EL FENÓMENO DE LA MUERTE COMO DESENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU

Quizá ninguna cuestión ha preocupado tanto a la humanidad como el fenómeno de la muerte. Todos los pueblos han tenido sus creencias en este punto, y desde la concepción más grosera de la inmortalidad que supone la continuidad *del hombre* en su vida total, espiritual y corporal, más allá del sepulcro, hasta la concepción más espiritualista, que considera al alma como dotada de una especie de segunda naturaleza, en virtud de la cual los afectos humanos son olvidados ante la contemplación divina, todos los pueblos nos han dado testimonio de sus ideas por lo que hace a tan importante asunto.

No hay nadie que al cerrar los ojos de un ser querido que hacía nuestra felicidad, cuya vida era nuestra vida, no se haya preguntado si al caer en la fosa perderemos para siempre su cariño, si al dar el último esfuerzo, la última sonrisa con que parecía expresarnos todo su amor y todo su anhelo por vernos felices, se habrá extinguido para siem-

pre el soplo de la existencia que le animaba. Por materialista que sea, su instinto le hará desear la continuación de la vida más allá de la tumba; y para descifrar el insondable porvenir se consultan libros, se repasan teorías, se reflexiona sobre las creencias religiosas y se interroga a los cielos y a la tierra, después de haber preguntado a nuestra conciencia si le es grata la permanencia de aquel ser, a pesar de haberle visto lanzar el último suspiro. ¡Es que la duda que en este punto nos asalta indica siempre que a pesar de todas las negaciones, el problema se presenta aún incógnito para nuestra inteligencia que desea más luz en tan importante asunto!

Y que el asunto es importante, no hay duda: la mayor parte de nuestros actos (por más que otra cosa se crea) se ejecutan en esta vida de conformidad con las creencias que se tienen respecto de la muerte. Si el virtuoso sufre en el silencio, y en el silencio procura hacerse fuerte, ante el martirio de su corazón, ya por enfermedad dolorosa, ya por el abandono en que le dejara la ausencia de seres amados, ya por injusticias sociales que contristan y hacen desear otra vida donde el reino de Dios tenga su cumplimiento, es, no lo dudemos, porque allá en su corazón, allá en su fuero interno, siente la necesidad de otra vida donde tenga cumplimiento la ley moral, donde tengan sanción los actos meritorios. La inmortalidad es instinto tan poderoso en el hombre, que no puede fallar: pocos instintos engañan al animal, y aun reducido a esa categoría este sentimiento, vemos que no hay hombre que no deje de tenerle.

Mas, para alzar un poco el velo de ultratumba, es contraproducente que clavemos nuestra vista en la fosa y apliquemos el oído a la sepultura para percibir un movimiento que nos indique la animación de los restos orgánicos del ser que decimos ha dejado de existir. Precisamente porque el alma es inmortal, es invisible e intangible a los sentidos materiales. Nuestros sentidos no sirven para apreciar impresiones delicadas aun de la misma materia, y mucho menos

han de servirnos para darnos cuenta de la existencia y de los actos del ser espiritual, fuera del organismo corpóreo.

Nuestros sentidos no bastan para indicarnos la masa, distancia, temperatura, movimientos, etc., de los astros, porque están tan alejados que la observación sensible tiene que ser auxiliada poderosamente por la percepción racional; tampoco nos dan cuenta del movimiento de la Tierra, y sin embargo nos es imposible negarle; apenas si nos ponen en comunicación con unas cuantas fuerzas de la naturaleza, y, no obstante, las fuerzas de la naturaleza son infinitas y los fenómenos naturales son igualmente innumerables. Este criterio, pues, de investigación es muy limitado e insuficiente y hay que buscar otra prueba de convencimiento.

Del mismo modo que donde los sentidos nos muestran a las estrellas como pequeñas luces, la investigación racional ve poderosos soles, y donde nos hacen ver aparentemente el reposo de esos astros, la ciencia prueba su movimiento mucho más rápido que el de la veloz locomotora; del mismo modo también donde la vista y el oído sólo perciben la quietud de un cadáver, la inducción racional nos evidencia la vida y la actividad del ser que ha dejado de latir con su corazón, pero que no por eso se han extinguido sus afectaciones, como no se ha apagado su inteligencia, que, de chispa, se convertirá después en luz esplendorosa mediante su esfuerzo y su trabajo.

La muerte, pues, no es la terminación de la vida: la vida es eterna para el ser. La muerte no es más que la destrucción de los elementos materiales, orgánicos, de nuestro cuerpo, que pasan al torrente plasmático, para nutrir a otros organismos; pero la entidad inteligente queda íntegra con sus facultades y continúa manifestándose en la totalidad de su ser; porque el ser no es el cuerpo, medio de manifestación o instrumento de trabajo: el ser es el espíritu. La muerte es, por consiguiente, la separación del espíritu del organismo que le ha servido de medio de manifestación y de relación entre su ser y los demás; pero como el medio

nunca es causa sino condición, puede ser reemplazado por otro que reúna las mismas, idénticas o mejores condiciones, y esto es lo que sucede en la vida del espacio.

La materia, que es el vehículo que todo lo llena, que en todas partes existe y cuyas combinaciones son infinitas, es siempre el medio de que el espíritu se vale para su manifestación; materia en mayor o menor grado de sutileza según el adelanto del espíritu. Y como el espíritu para poder relacionarse con los demás seres, necesita concretar cierta parte de esta materia, resulta que siempre tiene un organismo, que siempre el espíritu es un ser orgánico, con organismo determinado que le da forma y le limita y particulariza entre los demás seres.

Lejos, por tanto, de ser la muerte la cesación de la vida no es más que el acto de separarse un espíritu de su organismo corporal, y lejos de hallarse incapacitado el espíritu para vivir, continúa existiendo en condiciones mejores, porque el organismo es más sutil, es más ligero. Si antes se veía fatigado al subir una pendiente, después, más ligero que el aire, no experimenta este cansancio: si antes se verificaba la asimilación material de su cuerpo por medio de la nutrición, después se verifica en él la asimilación de elementos más tenues, según las condiciones de su organismo con mucha más rapidez.

No cambia, pues, el ser esencialmente por el hecho de cambiar de organismo, pues vemos que ni aun deja de tenerle; únicamente lo que hace es mudar de organismo; deja uno pesado, sometido al engranaje de las más rudas leyes de la materia, para tomar otro aéreo, fluídico, sometido a las leyes de los flúidos etéreos.

La muerte, si es temida, es porque es ignorada, porque se duda que el ser pueda existir más allá de la tumba. Dicho miedo desaparecerá a medida que se vaya conociendo el porqué de este fenómeno y las condiciones en que el espíritu sobrevive a su organismo.

Es más muerte la encarnación. En efecto, la encarnación

es pérdida de libertad, pérdida de entendimiento, pérdida de memoria. El espíritu, cuando encarna, se concreta, se reduce, está limitado a un organismo que circunscribe su esfera de acción en campo muy pequeño; de tal modo, que no puede ver ni oír ni comunicarse con los demás seres, sino por el intermedio de este organismo, cuyas necesidades siente. El espíritu en estas condiciones, sometido a su organismo, necesita cuidar de su conservación, y abrumado por las necesidades físicas, apenas si le queda tiempo para alzar el pensamiento y levantarlo hacia esferas superiores, apenas si le queda tiempo para cultivar sus facultades. La muerte le priva de todas estas necesidades físicas: en cambio se hace sentir en él de un modo imperioso la necesidad moral, la necesidad de amar y conocer, que es la verdadera vida del alma.

Habrà, pues, en adelante que emplear términos diferentes, para designar las ideas de vida y de muerte; porque vemos que el que más muerto está es el hombre, es decir, el espíritu encarnado, y el que más vida y actividad tiene es el espíritu desencarnado.

La muerte, por lo tanto, lejos de ser la cesación de la vida, es aumento de vida y actividad para el espíritu.

CAPÍTULO XVI

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE. - LOS TRES ESTADOS DEL ESPÍRITU: EN PERTURBACIÓN, EN ERRATICIDAD Y EN LIBERTAD

La naturaleza nada hace a saltos, es una observación muy antigua. Todo en ella está enlazado, relacionado, sin transiciones bruscas. Los efectos corresponden siempre a la naturaleza y a la intensidad con que obran las causas que los producen; y toda causa es proporcionada a la fuerza con que obra y a los obstáculos que vence. De este modo,

la vida está enlazada con la muerte; es decir, la encarnación con la desencarnación, y según es aquélla, será ésta; de igual suerte que los progresos alcanzados en este período de vida determinan también una clase de encarnación adecuada.

A esta ley moral se subordinan todas las demás leyes; pues, según veremos después, la ley reguladora de todas es la ley moral. De aquí, que el modo de estar del espíritu en el momento de abandonar la encarnación es según el modo de vida, según el desarrollo moral alcanzado hasta aquel instante; y de igual suerte que hay enlace de una a otra fase de vida, le hay también en los fenómenos físicos que acompañan a uno y otro período.

Nada sabríamos de esto de una manera positiva, si los mismos espíritus no nos lo hubiesen revelado por medio de la comunicación medianímica. Por ellos sabemos que el espíritu, en el momento de desligarse de su envoltura carnal, generalmente cree vivir todavía con la apariencia del ser que posee un organismo corporal. La ruptura de estos lazos no es tampoco instantánea, pues, aun en las muertes repentinas, el espíritu no abandona, sino poco a poco, las impresiones carnales.

No importa que el espíritu no reciba ninguna impresión por el intermedio de los sentidos. El espíritu tiene siempre, como lazo intermediario, como fuerza que une el alma al cuerpo, el *periespíritu*, y éste continúa todavía recibiendo las impresiones externas de manera análoga, produciendo en el espíritu desencarnado la ilusión de que aún vive, de que aún obra por medio de órganos corporales.

Es preciso que vea cómo llama y no se le contesta, cómo sale a nuestro encuentro y no se le ve, cómo ruega y no se le escucha, para que se convenza de que ya no es como era, de que efectivamente se le considera muerto cuando él se siente tan vivo como antes; cuando se siente más, pues que si antes las enfermedades le agobiaban y le obligaban a guardar reposo, ahora no; si el peso de los años y de

los achaques le hacían caminar muy pausadamente, ahora no.

Además de esto, como ningún espíritu está aislado, como, según hemos dicho, la esfera de acción de todos los seres se encuentra compenetrada por otros seres que en su sensación sienten todo cuanto pasa dentro de la esfera que abarcan, resulta que todos sus actos, como todos sus pensamientos, son percibidos por seres superiores que le vigilan y procuran poco a poco irle desilusionando de las impresiones que todavía conserva. Estos mismos espíritus le conducen, sin él saberlo, a puntos donde experimenta otras impresiones, le hacen oír su voz dentro de su mismo ser, y el espíritu recién nacido a la vida espiritual queda atónito al oír pronunciar su nombre sin ver a nadie.

Poco a poco el pensamiento va rompiendo el velo del pasado, se va dando cuenta de su posición, va reconociendo los actos anteriores, y a la par que su conciencia se va esclareciendo, se va iluminando también lo que a su alrededor pasa; pues por un fenómeno de solidaridad entre el mundo psíquico y el mundo físico, cuando la conciencia está perturbada, perturbada y torpemente juzga de las impresiones externas, y a medida que el pensamiento reflexiona con más calma, a medida que la meditación hace brotar en el espíritu el recuerdo y la razón de todo cuanto le ha acaecido, el mundo exterior parece como que se le ilumina y percibe mejor sus impresiones.

Pasa mucho tiempo a veces antes de que se llegue a este estado que exige cierta calma y serenidad. Los espíritus nos hablan de los tres estados por los que se pasa en la vida interplanetaria, estados que se suceden sin transición brusca, como sin transición brusca decimos se pasa del modo de sentir y obrar en la tierra a la manera de sentir y obrar en el espacio. Estos tres estados son: *de perturbación, de erraticidad y de libertad.*

Cuando el espíritu abandona su envoltura, a medida que va dándose cuenta de su estado en el mundo que habita,

los recuerdos de su vida se hacen en él patentes y los actos que ha realizado son recorridos uno a uno para aquilatarlos con el criterio de su propia conciencia. Ésta, más ilustrada y más libre que en la encarnación, juzga más desapasionadamente, y aquellos actos que en la vida eran considerados como de poca importancia y mirados con indiferencia, encontrando a cada paso continuas disculpas para hacerlos, en la desencarnación son tenidos en cuenta ante la ley moral que pesa con inflexible justicia nuestros méritos y nuestros deméritos, nuestros levantamientos y nuestras caídas. Y como es muy difícil la pureza, como todo espíritu encarnado en la tierra viene generalmente en expiación o en vía de prueba, y como somos todavía espíritus muy débiles, muy poco adelantados en el indefinido camino de la vida y del progreso, resulta que estos hechos que nuestra conciencia acusa como contrarios a la ley moral, gravitan sobre ella y nos apesadumbran con el remordimiento que nos producen. Engendran la tristeza de haberlos verificado, se calcula y se mide con notable exactitud (para lo cual ayudan espíritus superiores) todo su alcance y todo su valor, para no hacernos ilusiones engañosas, y se ora y se llora por los desaciertos cometidos.

Mientras dura este período de pena, de verdadera angustia, el espíritu está incapacitado para comunicarse con los encarnados: los espíritus superiores son los encargados de transmitirle las impresiones que puedan serle favorables. Este período es el de *perturbación*, descrito de admirable manera y en variadas formas en las comunicaciones mediánicas.

Cuando el espíritu se halla ya más tranquilo, unas veces apenado y otras con ánimo para emprender su rehabilitación, puede ya comunicarse con los demás espíritus, y poco a poco irse acercando a ellos, meditando el camino mejor para emprender una rehabilitación de sus desviaciones anteriores de la ley moral. Entonces empieza el período que ellos han denominado de *erraticidad*, no precisamente por-

que sean errantes en el espacio, que en este concepto no hay espíritus errantes, sino porque son errantes en su propia conciencia, yendo de una idea a otra, de la apreciación de un acto a otro, de una pena a una alegría, de un estado de desesperación a otro estado de esperanza, de un momento de abatimiento por lo mucho que falta por recorrer en el camino del progreso, a otro momento de alegría por lo muy atrás que se dejan mundos y vidas anteriores, donde la sensualidad más brutal y grosera ahogaba toda idea noble y generosa del espíritu; y más aún por el consuelo que a los espíritus nos proporciona de poder en todo tiempo y lugar redimirnos ante nuestra propia conciencia, que ha de ser el juez que nos sentencie; pues no nos perdonamos hasta que nosotros mismos nos absolvemos, y nosotros mismos, comprendiendo todo el mal causado, hemos de procurar con valor y con esperanza redimirnos en la esfera de nuestras fuerzas. Este es el período de *erraticidad*.

Pero no hay erraticidad porque se pueda vagar como las mariposas de un sitio a otro y de un mundo a otro mundo. Todo espíritu está circunscripto a una región determinada del espacio, más allá de la cual no siente ni percibe nada, así como siente perfectamente todo cuanto está dentro de la esfera de su irradiación. Los espíritus, pues, todavía materializados, están muy lejos de poder sentir en mundos donde las impresiones se transmiten con más delicadeza y donde se necesitan organismos más tenues y un estado de conciencia más puro y desarrollado que el de los espíritus recién desencarnados en mundos terrenales.

No debemos tampoco tener miedo de que dentro de la esfera de su irradiación escudriñen nuestros actos para culpar nuestros vicios y defectos. El espíritu que por su inferioridad fuese capaz de culparnos o avergonzarnos por ellos, no los ve, porque le haría incurrir en demérito y esto no tendría objeto, por lo cual los espíritus superiores recogen siempre y no dan paso a todas esas impresiones carnales que pudieran perturbarles, y solamente cuando pueden dar

a los actos su justo valor y cuando el sentimiento de caridad les acompaña, por ser ya espíritus fuertes en la virtud, es cuando sin peligro ninguno pueden percibir esas impresiones con el fin de mejorarnos en lo posible, nunca por mera curiosidad, ni mucho menos para echar en cara nuestras faltas.

Del mismo modo las impresiones de seres queridos que aquí se han dejado y que pudieran hacer mayor su tormento (por ejemplo, el padre que ve a su hijo en mal camino, o en la miseria y en el abandono), no es justo ni legítimo que las reciban, pues que no pueden remediar dichos males. Sólo llegan a ellos aquellas impresiones y aquellos recuerdos que en vez de apenarles y de perturbarles, les manifiestan el cariño y el amor de los seres a quienes aman.

Además, sería injusto, por ser cosa egoísta, que pudiera uno consagrarse exclusivamente al cuidado y protección de espíritus predilectos cuando dentro de la gran familia humana todos somos hermanos, y en la esfera de lo posible, a nadie debemos regatear nuestra ayuda. Es preciso dejar que las leyes naturales se cumplan y que otros seres carnales puedan proporcionarles, bajo su responsabilidad, el pan que necesitan para la vida, quedando al cuidado del mundo espiritual el intuirles buenos pensamientos, el animarlos en su desconsuelo para que puedan soportar la carga más o menos dura que ellos mismos se comprometieron a llevar sobre sus hombros en justo resarcimiento de actos anteriores o como medio necesario de desarrollar sus fuerzas.

Termina este período de erraticidad cuando el espíritu comprende sin ningún género de duda el estado de progreso a que ha llegado, las faltas cometidas y el medio mejor de remediarlas; cuando se asocia a otros seres análogos en estado de adelanto y se dedica, al par que a su mejoramiento, al adelanto de los demás que es lo que realmente ha de hacer su propio adelanto; pues, por ley moral eterna, los seres progresan tanto más, cuanto más contri-

buyen al progreso de sus hermanos, midiéndose siempre el estado de progreso por el adelanto moral alcanzado.

En estas condiciones, cuando se resigna con su situación y no intenta traspasar el nivel a que ha podido llegar, dedicando todos sus instantes al bien de los demás, es cuando entra en la vida del espíritu libre. Así va preparándose poco a poco a nuevas empresas en que ha de tomar parte, siendo copartícipe en ellas con otros muchos que de igual manera se asocian para un fin común. Su inteligencia se perfecciona a la par que su amor se depura de toda clase de pasiones que llevan el sello del egoísmo y del interés particular, y cuando, cumplida una obra emprende otra, siente satisfacción en su conciencia por el bien realizado.

Los actos cometidos anteriormente le obligan a pensar en la manera de resarcir los daños causados en el mismo campo, si es posible, donde se delinquiró, sufriendo cuanto hubo hecho sufrir, llorando cuanto hizo llorar. Así prepara, con la ayuda de espíritus superiores, su encarnación que ya no es la misma, ni aun se verifica en condiciones análogas, por regla general, ni dentro de la misma familia, ni quizá en el mismo mundo que la anterior, sino en algún otro mejor.

Poco a poco va tejiendo con cuidado la urdimbre de la organización en la que, por algún tiempo, ha de quedar enredado. Se establece primero un lazo moral de simpatía con las personas que le han de servir de medio, nunca de causa, para aparecer a otra nueva existencia en la que, con la virtualidad del desarrollo adquirido, se presenta para luchar, para conseguir más luz, más espacio, más vida, más actividad, más desarrollo de su esencia infinita. Con gran cuidado los espíritus superiores les preparan la encarnación, y no termina aquí su misión, sino que después le protegen, le ayudan y siguen preparando los acontecimientos que han de producir las pruebas que escogió por serle más conveniente para su progreso.

De este modo se continúa el hilo de nuestras existencias

enlazándose todas; pero cada vez los organismos son mejores, y a medida que el espíritu va de un mundo a otro mejor, son más delicados, más sutiles, más ligeros, llegando por último a un límite en los mundos superiores en que tienen la tenuidad del periespíritu de los seres interplanetarios. Así la vida es infinita, aumentando siempre en diafanidad, en radiación, la esfera de actividad del espíritu, hasta llegar a un momento, allá en tiempos muy lejanos para nosotros, donde no es necesario la encarnación en mundos materiales y donde la vida del espacio es la vida normal, compenetrando el ser en su seno mundos y sistemas de mundos, comprendiendo cada vez más los designios del Creador y la grandeza de su infinita bondad, que ha dado a sus criaturas participación en sus divinos atributos, que las ha dotado de una esencia eternamente perfecta y de una vida infinitamente perfectible, para que por su propio mérito adquiriesen valor y personalidad, no por gracia ni donativo, sino debiendo a su propio progreso, a sus propios esfuerzos el estado sucesivo de adelanto que adquieren.

De todo esto se deduce que la vida normal del ser no es la encarnación; que la encarnación es sólo una fase, un estado transitorio, y que la vida normal del espíritu es la vida libre del espacio.

CAPÍTULO XVII

LA LEY MORAL COMO LEY SUPREMA DE LA CREACIÓN. - EL BIEN Y EL MAL. - EL AMOR COMO EXPRESIÓN DE LA LEY MORAL

Todos los fenómenos variadísimos del Universo están sometidos a leyes en virtud de las cuales se verifican. Estas leyes o reglas a las que los hechos se ajustan, no son precisamente algo exterior a las cosas mismas que se impone para su ejecución; la ley no es más que la manera especial

de obrar de los seres, según su naturaleza; la norma a la cual responden los fenómenos y los actos todos.

Cuando parcialmente se observa, parece que hay oposición entre unas y otras leyes, del mismo modo que se nos presentan las fuerzas en singular combate. Lo que sucede es que unas a otras están subordinadas según su respectiva importancia. ¿Y cuál será la ley suprema, de la que partan todas las demás, y a la que estén todas sometidas? La ley moral que rige y regula todas las leyes del Universo. Las fuerzas físicas e intelectuales están a ella subordinadas, y siendo la ley moral la que representa la mayor elevación, por ella se gradúa el estado de progreso alcanzado. Los seres, pues, no se diferencian tanto por su inteligencia, como por su pureza, por la rectitud de su conciencia. El progreso moral es el verdadero progreso: el progreso intelectual es más bien un antecedente para realizar el progreso moral.

Esta ley moral, con ser permanente en todos los seres, se da en cada uno de ellos, según su adelanto, de manera diferente. No obliga lo mismo al sabio que al ignorante, al niño que al anciano, al fuerte que al débil, y sin embargo todos están sometidos a su arbitrio. Es, pues, universal, y rige a cada hombre según su posición, edad, sexo, etc.

La ley moral siempre se cumple: jamás puede eludirse su cumplimiento, porque el bien siempre se realiza en mayor o menor escala.

Por espacio de muchos siglos no se ha comprendido el bien y el mal sino como dos principios opuestos, llegándose a veces a dar mayor realidad al segundo. Sin embargo, el mal no existe como tal: no tiene realidad, poca, ni mucha; es como el frío o como las tinieblas: un no ser.

Mejor podríamos decir que el mal, como todas esas otras cosas, tiene solamente una existencia subjetiva: reside en la apreciación del que lo observa y así lo juzga. Del mismo modo que las tinieblas no existen sino para nuestros sentidos incapaces de ver con escasa luz, el mal tampoco existe sino para nuestra conciencia, muy imperfecta, que no acierta

a ver cómo todos los actos llevan en sí algún germen de progreso y por consiguiente de futuros adelantos.

Para comprender, pues, qué sea el bien y el mal, hay que prescindir por completo del criterio de los sentidos y fijarnos en los datos que la sana razón pueda asignar.

Esta sana razón nos dice que todo hecho, que todo acto libremente realizado, se hace siempre en vista de un fin, fin más o menos noble, más o menos puro, pero siempre en vista de algún bien, ya particular para el sujeto que lo verifica, ya para los demás seres. Las facultades que se ponen en juego no son por sí malas, sino por el mal uso que de ellas se puede hacer; por consiguiente no hay acto que sea en sí malo en absoluto.

Todo cuanto la fantasía ha podido imaginar como lo peor y más malo, encierra siempre, en virtud de ese principio anterior, algún bien. Hasta el ser más ignominioso que se ha podido concebir, el demonio, tendría también propiedades buenas; a lo menos una gran inteligencia, que no es despreciable. Por tanto el mal como puro mal es un mito, es el no ser, que ni aun siquiera se puede concebir.

Gran diferencia hay entre este principio de la doctrina espiritista y lo sostenido por las sectas religiosas y filosóficas. La mayoría de ellas, aunque no han acertado a concertar la infinita bondad de Dios con el consentimiento suyo del mal en el mundo, han admitido su realidad asignándole como condición de todo ser finito, y también como necesario para que haya libre albedrío.

En realidad es imposible negar la existencia del mal si se admite para el espíritu una sola existencia; pero en el mismo caso estamos respecto de otras muchas cosas que aparentemente tienen realidad y son tan sólo meras apariencias que nosotros apreciamos como realidades.

Ya hemos visto que todo ser, por naturaleza, es perfecto y puro en esencia; por consiguiente, ningún acto le convierte en impuro, y los actos todos son representaciones del estado de progreso de cada cual; de manera que lo que

decimos imperfecto en un ser, es tan sólo considerado como tal por otro ser que siente en esferas superiores, o por este mismo cuando siente en esfera superior a la anterior. No hay más que actos diversos en relación con la variedad de estados de adelanto; pero el espíritu en sí es siempre un germen que continuamente se desarrolla, cuyos estados son variables y que tan sólo responden a la virtualidad adquirida en el momento presente de su verificación.

De otro modo, teniendo realidad el mal, habría de ser lo contrario del bien, no un menos bien; del mismo modo que teniendo realidad el frío y la oscuridad, habrían de ser cualidades opuestas a lo positivo y lo real, que es el calor y la luz. Pero en aquellos términos negativos no hay más que cuestión de apreciación, ya por la imperfección de los sentidos, ya por la imperfección de nuestra inteligencia que no alcanza a comprender cómo todos los actos son trascendentales para el bien.

Claro es, que si el mal no tiene realidad, mucho menos la tendrán seres destinados a perpetuidad para practicarlo. Los mitos de los demonios de todas las religiones, como entidades consagradas a realizar el mal, complaciéndose al mismo tiempo en verificarle, son absurdos. Toda criatura tiende siempre al bien, y por mucho que duren los estados de vida inferiores, siempre va ascendiendo y más o menos pronto siente la necesidad de conformarse con la ley divina que exige el cumplimiento del bien para progresar rectamente.

Mas, no se crea que al negar la realidad del mal vamos a juzgar todos los actos como igualmente buenos, y por consiguiente, como nada reprobables, puesto que ninguno es malo. No: todo acto tiene su sanción en conformidad con la intención que le ha producido y el efecto alcanzado, y los actos que nuestra conciencia juzga como malos es porque no están conformes con lo que debiéramos hacer, y es preciso la expiación y el resarcimiento para rehabilitarnos por haberlos ejecutado. Y no tan sólo los actos que tras-

cienden al exterior: todos los pensamientos, en cuanto estados de nuestra inteligencia, denotan mayor o menor perfección, y de todos ellos hemos de responder ante el tribunal de nuestra propia conciencia, que no nos absolverá sino en justicia.

La sanción de los actos no es a plazo más o menos largo. No es después de esta vida, como las religiones suponen, hablando de un juicio superior irrevocable. Todo acto produce su efecto inmediatamente, y al instante también el ser sufre sus consecuencias: la sanción sigue a su ejecución. El que obra mal se encuentra rebajado y ha desmerecido desde el momento en que obró. No hay, por consiguiente, acumulación de actos y luego un juicio que abarque todos ellos; aunque el espíritu, al desencarnar, puede recapacitar sobre una vida entera, como sobre otras anteriores, la sanción del acto o la consecuencia del mismo ha seguido a su ejecución.

Vemos, pues, que la ley superior a la cual se subordinan los actos todos y que rige todas las demás leyes, es la ley moral suprema. Ahora bien; esta ley moral tiene una sola manifestación: *el amor*; por consiguiente, el amor es la ley superior que rige y subordina a sí a todas las demás leyes de la creación.

Difícil es, a primera vista, convencernos de que el amor puro y desinteresado es la ley moral suprema. Acostumbrados a juzgar por las impresiones de los sentidos, vaciamos nuestras ideas en los estrechos moldes del mundo sensible y no damos a nuestros pensamientos otro alcance que el del limitado círculo de nuestras sensaciones. Es preciso que a cada momento la razón se encargue de rectificar los datos de nuestra percepción para dar validez a los juicios y acertar con la verdadera causa de los fenómenos.

Así, durante siglos se ha considerado a la Tierra como inmóvil en el espacio, sin más razón que la de no sentir su movimiento; y por el contrario, se ha creído que los astros todos daban vueltas alrededor de este átomo estelar,

sin más fundamento tampoco que el del dato que nuestra vista nos ofrece. Del mismo modo, se ha creído que un cuerpo al quemarse desaparecía, y ha sido preciso, para salir del error, que la química reconstruya otra vez los elementos que entraban en la combustión, y por medio de la balanza demuestre que no ha habido pérdida ninguna de la materia que constituía el cuerpo comburente.

Así también, fijándonos en el dato sensible: ¿cómo admitir que el amor haya de reinar como soberano, cuando tanto egoísmo, tanta ambición, crimen y desgracia existen por doquier? ¿Será el amor el que impulsa al asesino a acometer a su víctima; el que mueve al ladrón para hacer el robo; el que arma el brazo del guerrero para segar en flor millares de vidas? Por el contrario, el malestar de las sociedades, las revoluciones que se suceden, las crisis económicas, las enfermedades de todo género, los atroces delitos que espantan, y, como si no fueran bastantes los males y penas individuales, las terribles epidemias y las no menos terribles guerras que llevan la destrucción y la miseria a extensos territorios; todo, al aparecer, indica que no es el amor el soberano, sino el egoísmo y la barbarie los que triunfan en este singular combate de la vida.

Cierto, muy cierto, que la vida actual está llena de dolores, de quebrantos, de penalidades, y que en este mundo son más los males, en general, que los bienes; pero estos hechos no invalidan, ni menos contrarían, esa ley infinita del amor que rige a todas las demás. Solamente la doctrina espiritista ha podido dar razón de esto.

Hagamos una aclaración; si dirigimos nuestra vista sobre la superficie del globo, notamos multitud de desigualdades; montañas que suben sobre el nivel ordinario, valles y hondonadas que descienden considerablemente sobre el nivel de las más altas montañas; por una parte el Himalaya con sus elevadas cumbres, por otra parte el Sahara con sus inmensas planicies; y mucho más notamos estas sinuosidades que la Tierra nos presenta, si en vez de concretarnos a

mirarlas las recorreremos con nuestros pies. ¿Cómo negar estas diferencias en su nivel si a cada momento nos hallamos fatigados y necesitamos tomar aliento para subir cualquier pequeña cuesta? Ciertamente es todo esto; pero no lo es menos que todos nuestros juicios son por comparación, y que si comparando el nivel de la montaña con el llano, nos parece grande, comparando la montaña con la costa terrestre nos parece pequeña. ¿Qué son todas las desigualdades de la Tierra en proporción de la totalidad de la masa planetaria? Si representamos la tierra por una naranja, la costra sólida entera estará figurada por el grueso de un papel de fumar. ¿Qué representarán las desigualdades que el papel puede tener? Pues así son las sinuosidades de la Tierra en comparación de la misma.

Ahora bien; si admitimos la vida infinita y eternamente progresiva en el ser, ¿qué valor puede tener una encarnación o vida planetaria? Lo que vale un segundo de tiempo es mucho para lo que la vida actual representa. De esta manera, las enfermedades, injusticias y todos los males que nos aquejan, son como subdivisiones en ese segundo inapreciable del tiempo.

Esto en cuanto al valor que tienen los actos de nuestra existencia planetaria, relacionándolos con la vida eterna del ser. Pero, sin necesidad de remontarnos tan alto, tenemos que, como todos los actos son medios de progreso, pues al que obra mal le sirven de acicate para rehacer su obra, y al que obra bien para estimularle en la empresa comenzada, resulta que nada hay inútil; que, sin cohibir la libertad de los seres, todos los actos al fin y al cabo vienen a redundar en beneficio de los mismos; así de la duda nace el estudio; del desengaño, la experiencia; del dolor, la apreciación de lo que la salud vale; de las injusticias sociales, la necesidad de amarnos; de la guerra, el anhelo por el bienestar de la paz; de las necesidades físicas, la precisión de trabajar para vencerlas; y en último resultado, de todo lo que decimos malo, la necesidad de aumentar y perfeccionar

nuestra actividad. Y como todos los seres tienden a una actividad mayor, a un progreso incesante, resulta que los actos se totalizan todos, que nada se pierde, que todo sirve, así como en el mundo material nada se anula; todo, en medio de sus cambios, permanece.

Mas, al progresar todos los seres, lo han de hacer precisamente por la identificación con sus semejantes; por el amor y el bien: cuando así obran, entran de lleno en la ley, y todos los actos que fuera de este móvil se producen, son como preparación, como ensayos de su actividad, y todas las prevaricaciones, como paradas en su marcha, pero jamás retrocesos en el camino adelantado. Por donde vemos que los actos cuyo móvil es el amor puro y acendrado a nuestros semejantes aumentan el progreso, y los actos cuyo móvil es el egoísmo y ambición, sirven después, en la vida infinita del ser, para que éste dedique su actividad y sus fuerzas, su inteligencia y su vida a hacer bien por el mal que hizo; y por tanto, en la vida eterna del ser todos los actos son unos determinantes de los otros, y todos se totalizan y se suman para realizar el progreso; y como el ser que juzgamos malo, por ser más atrasado, progresando se redime y se convierte en bueno, al fin el amor triunfa y su ley se impone a todas las demás e impera como soberana.

La creación obedece a un acto de infinito amor y todos los seres son como un destello. Aumentando su intensidad, este destello se convierte en luz y luego en sol que vivifica infinidad de seres más atrasados en la escala del progreso. De este modo, el ser creado llega a ser providencia relativa de sus hermanos, poniendo todas sus facultades al servicio de la ley moral que es la ley suprema del universo.

CAPITULO XVIII

CONSIDERACIONES SOBRE EL FIN Y DESTINO DE LOS SERES

Si se consulta el dogma de cualquier religión positiva, entre las infinitas que existen y han existido sobre la faz de la tierra, se verá que el destino de los seres es de dos clases.

Hay unos, privilegiados por favor especial o por gracia otorgada que, por haber nacido en país donde se profesa la religión creída como única verdadera, van a gozar, ya inmediatamente, ya después de algún período más o menos largo, de una dicha infinita, superior a todas las terrenales, tal como humanamente se ha podido concebir la mayor dicha.

Este concepto de la felicidad futura o bienaventuranza es diferente según el clima, gustos y cultura de cada país. Para los que viven en el odio continuo, la mayor felicidad consiste en ir a un punto donde la venganza pueda satisfacerse a cada momento, y donde el mayor placer sea el de pelear. Para los que habitan en países abrasadores, la felicidad es ir a parajes donde haya bellísimas fuentes y encantadores jardines; y si la sensualidad les consume, allí tienen bellas mujeres, de rostro y facciones provocadores, para saciar su lujuria. Si son de países fríos, la suprema felicidad consiste en ir a parar a puntos cálidos, y por el contrario, en ir a sitios frescos cuando se ha habitado en países tropicales. Por último, si la religión tiene algún dejo espiritualista, ya los goces varían y son menos materiales, consistiendo éstos en el placer de oír música deliciosa acompañada de cantos dulcísimos, en ver la cara del Ser Supremo resplandeciente de maravillosa luz y contemplar beldades superiores a las de la tierra.

Mientras unos seres tienen todas estas o parecidas dichas, otros, los malos o los herejes de cada religión, aquellos que han prevaricado contra la ley moral y principalmente contra

el dogma, son condenados a sufrir torturas sin fin, también en lugares especiales, donde hay seres cuyo mayor placer consiste en atormentarlos.

También según los gustos, clima y cultura de cada país, han variado los tormentos. Donde el valor personal se estima más que nada, los cobardes son los que merecen la eterna condenación y van a lugares en donde el hambre, el frío y la sed los consumen. Otras veces son gusanos que les roen el cuerpo, aguas abrasadoras que les queman sin consumirles para hacer más grande su tormento, garfios que destrozan sus miembros; en fin, cuantas torturas se conocen aquí se multiplican en la otra vida. No hay más términos que estos: la salvación o la condenación; pues, los purgatorios de todas clases, son lugares transitorios de donde al fin se sale. O la suprema dicha o la suprema tortura; dicha sensual y tortura ideada principalmente para satisfacer el odio o la sensualidad más embrutecedora.

Según el Espiritismo, el destino y fin de los seres es ir realizando su esencia, desarrollando sus facultades, teniendo como medio, el cumplimiento del bien por el amor a nuestros semejantes. Este es el fin: el bien; y este es el medio: el amor. Amando se realiza el bien y los seres todos tienden a amarse, tienden a identificarse, a hacer suyas las penas y alegrías de los demás para ayudarse mutuamente, para fortalecerse en sus adversidades, para consolar-se en sus penas. Todos los seres son hermanos por proceder de un mismo origen; no de un supuesto Adán, sino de una misma Causa creadora, que es Dios; todos tienen iguales facultades, todos, los mismos medios de desarrollo, y las diferencias que entre ellos existen son pequeñas, teniendo igualdad de naturaleza; y por el adelanto sucesivo, por el continuo perfeccionamiento van acercándose entre sí a Dios, que es la Suprema bondad que tiende su mano protectora a todos, y todos a su vez han de imitarle, procurando ser, en la esfera de su posibilidad, providencia de otros seres para ayudarles a conquistar el lauro a que cada cual aspira.

No hay destino final, porque ningún destino es eterno. La vida es infinita, y a cada etapa alcanzada sigue otra nueva, a cada empresa realizada sigue otra empresa comenzada. Como el progreso es indefinido y la vida es eterna, eternamente se va realizando su destino sin que llegue a agotarse jamás.

Tal es el destino y fin de todos los seres en la creación. De donde se deduce también que siendo el espíritu el ser inteligente de la creación, todo ser inteligente es perfectible, ya sea el animal, ya sea el hombre. Y si esto viene a abatir nuestro orgullo, ya debemos tenerlo curado desde el momento en que hemos visto que este mundo es muy insignificante a pesar de nuestras pretensiones, y que la vida es harto mezquina también, aunque las religiones positivas hagan depender de ella nada menos que el destino final de ultratumba, por tiempo ilimitado.

Si todo prospera, todo mejora, todo avanza y todo progresa en la creación, no es concebible que el animal, que tiene inteligencia, haya de desaparecer, haya de reducirse a la nada, cuando la nada no existe, y el aniquilamiento de lo que ya es tampoco es posible.

Los seres, pues, son eternos, independientemente de las formas orgánicas que temporalmente revisten, y no depende su progreso de una u otra forma, sino que, antes al contrario, según el estado de progreso alcanzado, así necesitan y toman una u otra forma orgánica.

En este sentido la doctrina espiritista puede decirse que explica el darvinismo hasta cierto punto al revés. Lejos de someter el progreso del ser a las condiciones de los distintos organismos, subordina el progreso de los organismos al funcionamiento adquirido en las facultades del ser que las va desarrollando. El ser, pues, aunque se adapta a los organismos, es superior a ellos, porque es independiente de toda forma corporal y existe antes y después de sus encarnaciones.

CAPITULO XIX

LA CAUSA ABSOLUTA

Todos los pueblos en sus distintas creencias han reconocido siempre un más allá mejor, algo superior a ellos que podía influir en sus destinos, al cual debían la vida, y del que podían temer males cuando no obedecían sus mandatos. De aquí el temor a los fenómenos naturales que cortaban el hilo de nuestra existencia: el río desbordado, el terremoto, el volcán, el viento huracanado, el mar tempestuoso, eran objeto de adoración por el pavor que les infundía. Como contraste, el campo con sus bellas praderas, el sol con su ardiente resplandor y la luna con su plácida luz, los árboles y animales que les producían beneficios, eran objeto de adoración en forma de agradecimiento: de aquí los dos dioses del bien y del mal en correspondencia con los fenómenos o seres que les producían bienes o males.

Era natural que, endiosando a los fenómenos y a las cosas naturales, se endiosara también a las personas; y los reyes y emperadores, considerados desde luego como superiores a los demás mortales, eran representación de la misma Divinidad, como encarnación de la entidad que traspasaba la esfera común de los humanos. Poco a poco, a medida que la cultura ha ido aumentando, el concepto, ya naturalista, ya antropomórfico, de la Divinidad, se ha ido depurando también.

Los hombres rudos y groseros habían de imaginar un Dios, dotado de las mismas pasiones y de la misma ferocidad; pero cuando la razón poco a poco se va sobreponiendo a los sentidos y comprende las cosas en su verdadera naturaleza, no tal como aparecen a primera vista, el concepto acerca de Dios se va elevando, como se ha ido elevando el concepto del mundo, del hombre y del deber, del mismo modo que los sentimientos se han ido depurando y ennoblecendo, quitándoles mucho de lo particular, egoísta y mezquino que en ellos había.

De lo dicho se infiere que, puesto que la idea de Dios se ha ido engrandeciendo cada vez más, a la par que nuestro espíritu se ha ido depurando, los principios que nuestra razón acepta han de irse también aclarando y perfeccionando, sin que nunca tengan un carácter absoluto; pues siempre la criatura distará un infinito de la Divinidad.

Por de pronto, la idea de un dios cruel y vengativo que castiga a los hijos por las faltas de los padres hasta la cuarta y quinta generación, nos parece hoy día absurda y contraria a la idea de Dios que debe ser el prototipo de la bondad y de la misericordia. Ese Dios vulgar, que tiene un pueblo preferido, al que envía dones que a otros niega, que hace milagros portentosos a cada momento para conservarle en su obediencia, aunque rara vez lo consigue, que algunas veces se arrepiente de lo que ha hecho y muda de parecer como cualquier mortal, es un Dios demasiado pequeño que no cabe en nuestro modo de concebir hoy ya la Divinidad.

Aristóteles, por el movimiento de todas las cosas, llegaba a la existencia de un motor inmóvil, según lo cual Dios sería el primer motor inmóvil del Universo. Otros pensadores, reconociendo al mundo como efecto, han considerado a aquél como causa primera de cuanto es, y descartando panteísmos espiritualistas y materialistas que confunden el mundo con el Ser de Dios, otros filósofos y reformadores religiosos han admitido una especie de dualidad entre el mundo y su autor: Dios en este caso es el Creador del mundo y el mundo ha sido sacado de la nada por Dios.

Pero estos conceptos son muy parciales e insuficientes para darnos acertada idea del Ser Supremo. La existencia de Dios como motor no explica los atributos del Ser supremo y la manera como obra en el Universo; del mismo modo la existencia de Dios como causa no explica tampoco hasta qué punto el efecto tiene las propiedades de la causa de quien se deriva y cuáles son estas propiedades. Por úl-

timo, el dualismo no explica ni puede explicar la manera como Dios se comunica e influye en el mundo.

Hemos de admitir, porque así se impone a nuestra razón, que no hay separación ni puede haberla entre la causa y el efecto, que son simultáneos; pues efectivamente no puede haber Creador que no cree, y es Creador desde el momento en que crea, no antes; y como a Dios no puede suponersele un período de espera o un período de inactividad, en que teniendo la facultad de crear no la ejercitase, como Dios es puro acto o pura actividad, resulta que la Creación es coetánea a Dios, que la Creación es eterna como él.

Ahora bien, es imposible que resulte nada de la nada, pues implica contradicción que Dios saque algo de lo que no existe. Dios en este sentido no crea, forma o produce de sí mismo. Ni tampoco podemos decir que se exterioriza en el sentido de que el efecto está fuera de él: Dios está en su obra como inmanente que es en todo lo que de Él procede.

Las criaturas son efecto u obra suya, pero participan de los atributos, de las propiedades de su esencia; por consiguiente encierran un germen de vida y de actividad infinita, con cualidades que eternamente han de desarrollar. Dios tampoco puede dar un infinito real, sino latente, de facultades, porque entonces se anularía a sí mismo y sería Dios disolviéndose en la Creación.

Tampoco es posible admitir que la Creación sea un acto de fuerza o una necesidad del Creador. El Creador no crea (admitiendo esta palabra en el sentido que hemos dicho) por fuerza, ni para glorificarse a sí mismo: el Creador crea por amor, y en virtud de un rasgo de amor, la Creación existe "ab æterno", y en virtud de una fuerza infinita de amor la Creación es, la Creación sigue y la Creación será, porque el milagro de la Creación se repite todos los días. Dios no ha dejado de crear: Dios crea, o mejor, produce

o forma seres y mundos que, en virtud de leyes eternas, se desarrollan en lo infinito del tiempo y del espacio.

¡Qué diferencia entre esta idea del Creador, tal como hoy la concebimos, y la idea de un Dios personal que crea seres predestinados, a los cuales destina a un lugar de eterna dicha y que deja a otros en una mansión donde viven por siempre y continuamente atormentados! Esto en cuanto a la Justicia y Bondad de Dios.

En cuanto a la Providencia, según el concepto usual, Dios es Providencia, porque *algunas veces* interviene en el mundo, principalmente en las grandes ocasiones, cuando las naciones están en peligro, y lo verifica con intermitencia, cuando cree que lo necesitan, haciendo grandes prodigios, como son el castigar con crueles enfermedades a los que prevaricaron, viéndose de este modo el castigo de Dios en los azotes y calamidades humanas.

Pero según la doctrina espiritista, Dios es eternamente Providencia, porque eternamente crea o produce y eternamente hace que las cosas se modifiquen y transformen para ser lo que aún no han sido y realizar en un infinito de formas y de existencias toda la perfección esencial que en sí contienen, que, siendo infinita, necesitan para verificarlo toda la infinitud de formas, de estados y de fases de que son susceptibles. Por consiguiente, no es posible que esta Providencia se agote jamás, que tanto sería como agotarse ese raudal infinito de amor divino que nos atrae hacia esferas superiores, que nos anima y nos fortalece y que hace que nuestros actos tengan sólo trascendencia para el bien.

OBRAS PUBLICADAS

León Denis

EL GENIO CELTICO Y EL MUNDO
INVISIBLE

Allan Kardec

INSTRUCCION PRACTICA SOBRE LAS
MANIFESTACIONES ESPIRITISTAS
EL LIBRO DE LOS ESPIRITUS
EL EVANGELIO SEGUN EL
ESPIRITISMO
EL CIELO Y EL INFIERNO O LA
JUSTICIA DIVINA

Santiago A. Bossero

LAS VIDAS SUCESIVAS

Manuel González Soriano

EL ESPIRITISMO ES LA FILOSOFIA

Deolindo Amorim

EL ESPIRITISMO Y LOS PROBLEMAS
HUMANOS

Amigó y Pellicer

ROMA Y EL EVANGELIO

Gabriel Delanne

LA EVOLUCION ANIMICA

Sir Oliver Lodge

LA EVOLUCION BIOLOGICA Y
ESPIRITUAL DEL HOMBRE

EDITORIAL VICTOR HUGO

Calle Miró 163

T. E. 63-7118

Buenos Aires - Rep. Argentina